héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

LA VENGANZA DE CARONTE

A. THORKENT



SOLO PARA ADULTOS

A. THORKENT

LA VENGANZA DE CARONTE

CAPÍTULO PRIMERO

Siempre se había llamado Caronte y cuando fue llevado a Tingani ignoraba cuál había sido su delito. Allí le dijeron que a partir de aquel día sería conocido como el recluso JZ-34590, y le pusieron alrededor del cuello un collar de acero con las dos letras y los cinco números grabados.

Además, el oficial le advirtió que el collar también podía convertirse en su muerte, en el instrumento mediante el cual le matarían si intentaba escapar o agredir a algún guardián, detonando a distancia el explosivo que contenía.

Cuando Caronte preguntó por qué estaba allí recibió un latigazo. Todo su cuerpo se estremeció debido a la descarga eléctrica.

—Aquí no se hacen preguntas —dijo el oficial acariciando el látigo, dispuesto a pegarle de nuevo—. Si la Superioridad ha decretado que debes estar en Tingani es porque debe ser así. Tú sabrás qué delitos has cometido para venir a morir aquí.

El oficial añadió que en Tingani los reclusos solían vivir, como mucho, unos cinco o seis años. Ni los más fuertes resistían un periodo mayor.

Antes de llegar al planeta Tingani, Caronte había oído hablar de él, pero nunca creyó que iba a terminar allí sus días. La primera noche se hizo el propósito de echar por tierra las estadísticas de la peor prisión de la Superioridad. Si antes nadie había salido de allí, él sería el primero en conseguirlo, de una manera u otra. Conseguiría sobrevivir, sobrepasar la barrera de los seis años de vida media de los reclusos.

Sobre todo, Caronte quería averiguar algún día la razón de su apresamiento y posterior envío a Tingani. Aunque nunca fue un modelo de ciudadano en el planeta Ofidia, donde sabía que no nació pero residió desde que era pequeño. Fue creado en el seno de

una familia de jugadores de ventaja, jamás estuvo buscado por la corrompida policía local, nunca mató a nadie por la espalda, sino cara a cara, lo que no era penado en aquel mundo de truhanes, sino por el contrario muy elogiado.

La primera noche de estancia en la oscura y húmeda celda, en compañía de más de un centenar de reclusos, Caronte recordó lo que le sucedió una semana antes. Estaba jugando una partida, iba ganado y de pronto la policía se presentó en el tugurio. Fueron directamente a por él y lo apresaron. Al principio pensó que se trataba de un error, incluso cuando lo metieron en un apestoso carguero. Luego, en el espacio, comenzó a temer lo peor.

Sus temores quedaron confirmados cuando al descender la vieja nave en un planeta le dijeron que estaba en Tingani, de donde nunca saldría. Ni siquiera muerto. Allí los cadáveres de los reclusos eran utilizados para un compuesto orgánico que se utilizaba en la agricultura.

Esa misma noche Caronte rompió varias narices a los reclusos que intentaron robarle lo que poseía. En la gran celda se hizo evidente que el nuevo no sería presa fácil para los ladrones ni para los proxenetas que al verle ya habían calculado las ganancias que podrían obtener alquilándolo a los reclusos durante las noches.

Caronte eran un joven de veintidós años cuando llegó a Tingani, alto, atractivo y musculoso. Si pensaron sodomizarlo se llevaron una desagradable sorpresa. Quienes así lo calcularon se retiraron a sus camastros con huesos rotos y narices sangrantes.

El novato dejó de ser una presa que pretendían disputarse varios veteranos.

Caronte se ganó el respeto de todos y le dejaron en paz.

Diez años más tarde, Caronte seguía sin saber por qué estaba allí, pero continuaba vivo. Había roto sobradamente el plazo de vida que a su llegada le otorgó el oficial.

Seguía esperando su momento.

Tal vez la ansiada oportunidad hubiera tardado demasiado o nunca la habría visto.

Una mañana, a punto de bajar a las profundas galerías para extraer el mineral apetecido por la Superioridad, Caronte vio aproximarse a un oficial. Lo seguía un pelotón de guardias armados hasta los dientes.

Caronte no llegó a ponerse el casco sobre el traje que le defendería de las radiaciones subterráneas. Se quedó mirando a la comitiva, muy sorprendido cuando descubrió que el oficial se detenía a poca distancia de él y le decía:

—Recluso JZ-34590. ¿Eres tú?

Caronte asintió.

—Sígueme —dijo el oficial.

Caronte fue conducido hasta un vehículo que lo trasladó lejos de la zona de los pozos mineros. Llegó hasta la residencia de los guardianes e introducido en un edificio que pensó debía ser el de los oficiales y jefes.

Notó que era tratado con cierta deferencia por parte de los brutales guardianes. De pronto se encontró en una habitación grande. Detrás de una mesa habían dos hombres. Uno llevaba el uniforme de comandante de la prisión. El otro vestía de paisano y poseía un aire de aristocracia en su rostro y ademanes. Este último lo miró detenidamente durante un rato.

—Me llamo Homulko. Si no fuera por el número de tu collar dudaría que fueras Caronte.

—Lo soy.

—Llevas aquí diez años —dijo Homulko frunciendo el ceño—. Nadie resiste tanto tiempo trabajando en las minas. Pensé que tu cuerpo ya estaba convertido en abono, hacía tiempo.

—Sigo vivo.

El comandante le dirigió una mirada furibunda, y dijo:

—Más respeto, recluso. Di señor.

Caronte ni siquiera pestañeó.

Se levantó el comandante y tomó la fusta de encima de la mesa.

—Debes llamar señor cuando te dirijas a… —titubeó, enrojeció un poco y agregó—: Llama señor al señor Homulko.

Caronte sonrió íntimamente. Comprendió que el comandante ocultaba la verdadera personalidad del llamado Homulko. Debía ser un aristócrata con importante título, tal vez un príncipe o un militar de alto rango. En cualquier caso, alguien muy allegado a la Superioridad.

—Déjelo, comandante —intervino Homulko—. Caronte, ya te he dicho que no esperaba encontrarte con vida. Además, te veo muy sano.

—El clima y la comida son buenos… señor —dijo Caronte.

—No te falta sentido del humor —sonrió Homulko—. Me alegro que lo conserves porque vas a necesitarlo.

—¿Qué quiere usted de mí, señor?

—He venido en tu busca.

—¿Al fin se ha sabido que soy inocente?

—Quien viene aquí es porque lo quiere la Superioridad, Caronte. Sin embargo, yo puedo recompensarte por los diez años que has pasado aquí.

Caronte entornó los ojos. Recordó todos sus sufrimientos, el frío, el hambre, la sed y los deseos reprimidos para no caer en la misma bajeza en que se ahogaban sus compañeros, a los que había visto llegar y morir. A todos ellos él los había superado.

—¿Qué tengo que hacer?

—Por el momento me obedecerás. Voy a sacarte de Tingani.

Ahora, Caronte cerró los ojos. No daba crédito a lo que escucharon sus oídos. ¡Salir de Tingani, escapar de aquel maldito mundo cuando empezaba a desesperarse por no encontrar ninguna forma de escapar! Incluso ya había pensado en la posibilidad de suicidarse, arrojarse cualquier día a un pozo.

—Parece una broma, señor.

—Es cierto, Caronte. Desde este momento dejarás de ser el recluso JZ-34590, el más viejo, aunque seas todavía joven, de cuantos viven en Tingani.

¿Vivir en Tingani? Caronte estuvo a punto de echarse a reír. Nadie podía decir que vivía en Tingani, ni siquiera los guardianes. Ellos también penaban allí alguna falta, todos eran soldados y oficiales que habían cometido algún delito. Aunque solían salir al cabo de dos o tres años como máximo, todos quedaban marcados para siempre. Su estancia en Tingani les pesaría como una losa. Por eso eran tan terribles con los reclusos. Descargaban en ellos su rabia por encontrarse en un planeta tan asqueroso.

—¿Puedo preguntarle algo, señor? —inquirió con desconfianza.

Homulko asintió con un gesto de cabeza.

—Si no se me exculpa, ¿por qué voy a salir vivo de aquí?

—Entiendo. Piensas que voy a pedirte algo, ¿no?

—Nadie da nada por nada.

—No seas insolente, Caronte —le advirtió el comandante.

—Prefiero que hable, jefe —sonrió Homulko—. Antes de emprender el viaje a Tingani temía que este hombre, si vivía como me habían asegurado, tuviera dañadas sus facultades mentales. Compruebo que no y me satisface. Es importante que continúe cuerdo. En el caso contrario no me serviría de nada y se habría quedado aquí.

Ante tal posibilidad, Caronte se estremeció. Permaneció callado.

Homulko se levantó y dijo:

—Vamos. Nos espera una nave.

Salió del cuarto y el comandante empujó a Caronte. En su rostro, el recluso advirtió que era objeto de envidia por aquel hombre. Le envidiaba su salida de Tingani incluso el temido comandante en jefe del Penal.

Resultaba irónico, pensó mientras seguía los pasos del misterioso Homulko.

Otro vehículo los llevó hasta el pequeño astropuerto. Allí, en medio de muchos cargueros que llenaban sus bodegas con el mineral que salía de los profundos pozos, Caronte vio aun bello navío, moderno y veloz.

En la entrada, Homulko fue recibido por el Comodoro, un ser de Vega de impresionante aspecto, de casi dos metros y medio de altura.

—Partiremos en seguida, Comodoro —le dijo Homulko.

Este saludó con una inclinación de cabeza y respondió:

—Sí, Excelencia.

Caronte supo que su salvador era un pez gordo de la Superioridad.

El mismo Homulko le condujo hasta un camarote amplio y cómodo.

—Encontrarás ropas —dijo señalando un ropero. Luego indicó un cuarto de baño—. Date una buena ducha. Hueles que apestas. No salgas de aquí hasta que estemos en el hiperespacio. Lo sabrás porque las luces dejarán de ser rojas y pasarán al color natural. Te espero para comer —sonrió—. Me imagino que estarás ansioso por probar una comida decente, ¿no?

—Sí, señor —asintió Caronte exagerando su humildad.

—A partir de ahora me llamarás por mi nombre y me tutearás.

—No sé si sabría…

—Es preciso. Quiero que cuando lleguemos a nuestro destino nadie piense que tú has sido un recluso durante diez años.

—No sé si lo lograré, se… Homulko.

—Eso está mejor. Vamos a ser buenos amigos.

Caronte sintió una vibración en el piso.

—¿Ya estamos en marcha?

—Estamos alejándonos de Tingani. ¿Eso te tranquiliza? Dentro de unas horas entraremos en el hiperespacio.

Caronte sonrió.

—Es una buena noticia.

—Sé que te ha sido difícil creer que ya nunca volverás a ver el triste sol de Tingani y la oscuridad perpetua de las galerías. Si eres inteligente, Caronte, una vida de esplendor se abrirá para ti.

—¿Por qué?

—Ten un poco de paciencia.

—La tendré… Homulko.

CAPÍTULO II

Era un hombre alto y esbelto, de indudable belleza, tal vez demasiado sofisticada. Sus vestiduras resultaban poco elegantes precisamente porque estaban muy recargadas de joyas y adornos de oro. Sin embargo sabía moverse con seguridad en medio de tanta gente importante. A su paso todo el mundo inclinaba la cabeza. Los caballeros le miraban de soslayo con temor y envidia; las mujeres lo hacían con ansia reflejada en sus ojos, con deseo de atraer la atención del personaje.

Sentado detrás de Caronte, Homulko dijo, sumido en la oscuridad de la habitación:

—¿Has adivinado que se trata de Otón III?

—Nunca he oído hablar de él —replicó Caronte.

—Quiero que te fijes en todos sus gestos.

—¿Por qué?

Homulko encendió las luces de la habitación y la proyección holográfica se esfumó, el salón de la corte de Mersal y los cientos de aristócratas desaparecieron rápidamente.

Caronte se frotó los ojos y luego miró a su anfitrión.

—¿Qué tengo yo que ver con ese reyezuelo? —preguntó.

Homulko tomó una copa y bebió lentamente.

—Mucho —replicó—. Durante los próximos días verás a Otón III. Tenemos miles de grabaciones de él, incluso fornicando. Así sabrás cómo se comporta en la cama, indistintamente con hombres o mujeres. Bebe como una esponja y esnifa las drogas más caras de la galaxia.

—Un tipo muy singular, ¿no?

—Todo lo contrario. En la corte de Mersal encontrarás a miles como él. En realidad todos le imitan. Es más rentable, que criticarle su política actual.

Caronte cruzó los brazos sobre el pecho y contempló al individuo que lo había sacado de Tingani. Después de dos semanas de navegación por el hiperespacio llegaron a un planeta cuyo nombre todavía no había conseguido averiguar. Arribaron de noche en un astropuerto privado y de allí pasaron a una casa cercana de la que no había salido desde hacía una semana.

Veía sirvientes o esclavos por todas partes, mujeres y hombres jóvenes, silenciosos y obedientes. Por las noches, Caronte recibía la visita de una chica complaciente, siempre distinta. Se quedaba con él hasta el amanecer. Todas eran poco habladoras y no solían contestar a sus preguntas. Se limitaban a satisfacerle todos sus deseos sexuales con una sonrisa en los labios.

Estas visitas femeninas se debía a que cuando Homulko le preguntó acerca de sus preferencias, Caronte le respondió que sólo deseaba mujeres. Ante la curiosidad, del anfitrión, el ex recluso le aseguró que él jamás mantuvo relaciones con algún otro compañero del penal.

—Me estás resultando un individuo muy primitivo —le comentó Homulko con una ligera expresión de consternación.

Caronte no averiguó si su condición de heterosexual no le había satisfecho. Esa misma noche tuvo compañía.

—¿No es hora de que me diga usted qué quiere de mí, señor Homulko?

—No te olvides de tutearme, Caronte. Por cierto, ¿por qué ese nombre?

—No lo sé. La gente que me recogió desde pequeño empezó a llamarme así.

—¿Sabes quién fue Caronte?

—No.

—Cuando te lo diga querrás dejar de llamarte así.

—Me gustaría saberlo.

—Caronte era una calavera, un muerto qué conducía a los seres que fallecían de una orilla a otra de la laguna Estigia a bordo de una barca.

—¿Era un barquero?

—Sí. No me hagas mucho caso. No estoy muy versado en las viejas religiones de la Tierra.

—¿Eres de la Tierra?

—Soy súbdito de la Tierra, cumplo órdenes de la Superioridad. No nací en la Tierra, no tengo ese privilegio.

—Pareces un aristócrata.

—Soy un Duque, el Duque Homulko de Karr.

—¿Por qué nada menos que un Duque me sacó de Tingani?

Homulko dejó la copa y paseó por la habitación, delante de Caronte.

—Hace casi treinta años alguien decidió que debías morir, apenas naciste. Pero cierta persona te llevó a un planeta que hasta veinte años después nadie supo cuál era.

—¿Ofidia?

—Exacto. Viviste en Ofidia mas de veinte años hasta que la policía secreta de la Superioridad te encontró y envió a Tingani.

—¿Por qué? —sonrió Caronte—. ¿Acaso soy el heredero de una gran fortuna incalculable o el hijo del Legislador de la Superioridad?

—No digas sandeces —rió Homulko—. Por tus venas corre sangre de lo más vulgar. ¿Dónde has aprendido esas cosas?

—En Ofidia, desde luego. En Tingani no teníamos oportunidad de enterarnos de nada. Allí la única distracción era sobrevivir cada día.

—Tienes razón. Toma, bébete esta copa.

Caronte cogió la copa que le tendía el hombre. Olió brevemente lo que contenía. Parecía licor, pero su perfume era distinto a los que hasta entonces había estado bebiendo. Sin embargo lo apuró de un trago.

—Siéntate ahí —le pidió Homulko.

Caronte lo miró y dudó si obedecerle. Desde hacía días por su mente estaba germinando la posibilidad de intentar escapar de allí. Sólo le retenía la curiosidad, saber qué demonios pretendía Homulko de él. Hasta el momento sólo había comprendido que el Duque era el enviado de alguien muy importante en la Superioridad.

Obedeció una vez más y se sentó en un sillón de alto respaldar. No era nada cómodo, demasiado duro. Iba a levantarse cuando de pronto surgieron unas garras que le inmovilizaron brazos y piernas. A continuación apareció otra que le atrapó el cuello.

Aquella sensación fue demoledora para Caronte. Su estigmático

collar le fue quitado en el segundo día de navegación por el hiperespacio. Ahora, sintiendo las garras alrededor de su cuello, se figuró que otra vez estaba en Tingani. La sangre le hirvió, tensó los músculos e intentó romper las cintas de acero que le oprimían los miembros.

—No lo intentes —le pidió Homulko comprendiendo que el hombre pretendía liberarse—, Ten calma. No voy a hacerte ningún daño, entiéndelo. ¿Acaso iba a liberarte del infierno de Tingani para matarte con mis propias canos o hacerte daño?

—Una vez la Superioridad me envió allí para liquidarme.

—Es cierto. Se pensó entonces que al cabo de seis o siete años, ocho como mucho, habrías muerto. Tú costaste mucho dinero y alguien tuvo la peregrina idea de que debías desembolsar con tu trabajo parte del gasto. Debía ser un cretino, pero gracias a él no moriste en seguida y ahora te tengo frente a mí.

—¿Para qué?

—Espera, espera.

Homulko tomó una silla y se sentó muy próximo a Caronte, miró el tiempo transcurrido, aunque el apresado no podía saber desde qué momento partió. ¿Qué plazo estaba aguardando el Duque?

—Ya es suficiente —sonrió Homulko.

—¿Para qué es suficiente?

—Muchacho, antes de que te soltaran en Tingani después de haberte apresado en Ofidia, se te inyectó un compuesto que anulaba ciertas cualidades que posees. Aunque resulta increíble, todo el tiempo que viviste en libertad jamás se te presentó la oportunidad de descubrir el poder que posees. De haberlo hecho nunca te hubiésemos encontrado.

—¿Un poder? ¿Se burla de mí?

—Vamos, vamos. ¿Ya has olvidado que debes tutearme? ¿Qué ha pasado con nuestra amistad, vieja y estrecha?

—Te estás burlando de mí, Homulko —silabeó Caronte.

—Nada de eso. Si te he sujetado al sillón es porque de otra forma hubieses reaccionado violentamente cuando yo fuera a hacerte esto… No te muevas ahora.

El Duque llevó sus dedos hasta el rostro de Caronte y éste sintió la presión fuerte en sus mejillas. Al principio experimentó algo de dolor, pero luego sólo fue un ligero roce el que se extendió sobre la

piel. Sabía que las manos de Homulko, como las de un escultor en barro, trabajaban en su cara.

Caronte veía muy cerca de él la expresión impaciente del misterioso noble, podía leerle en los ojos la ansiedad y la satisfacción que le crecían por momentos.

La manipulación duró más de una hora. Al cabo, cansado y abrumado, Caronte lanzó un gemido. El Duque se retiró sudoroso y fue en busca de algo a una mesa. Volvió llevando un espejo que puso muy despacio ante la mirada de Caronte.

—¿Qué ha hecho usted? —gritó Caronte viendo reflejado en el espejo un rostro desconocido.

—Fíjate bien —pidió Homulko con irritación—. No está perfecto, pero cuando un experto trabaje contigo no existirá la menor diferencia. Yo sólo soy un aficionado, un pésimo artista, pero de todas formas debes concentrarte ¿Qué estás viendo?

Caronte deglutió y le costó mucho decir, reconociendo:

—Es… Otón III.

—Un parecido a él, nada más.

A continuación Homulko oprimió un botón del sillón y las garras liberaron a Caronte. El Duque retrocedió irnos pasos, como si temiera que el otro fuera a golpearle. Por el contrario, el ex recluso se levantó muy despacio, se frotó las manos donde el acero había dejado sus señales y luego tomó otra vez el espejo.

—Me gusta más mi verdadera cara —dijo lentamente—. ¿Podré recuperarla algún día?

—Inténtalo.

—¿Eh?

—Te digo que lo intentes. Concéntrate en ella, debes desear recuperar tus facciones.

—¿Cómo lo hago? ¿No dijiste antes que un artista de la plástica podría plasmar en mi cara el aspecto de Otón III?

—Al principio deberá ser así. En tu vida jamás has intentado controlar las células de tu cuerpo. Necesitas entrenamiento. La bebida que te di relaja tu fuerza de voluntad pero sólo por unos minutos. Al final no pude seguir porque tu carne se resistía a mis dedos, como si fuera de barro súbitamente endurecido. Si tú pones de tu parte, cualquier podría desfigurarte el rostro, convertirte en un monstruo o en un hermoso doncel.

—Sé que no sabría hacerlo —dijo Caronte moviendo la cabeza.

—Mañana llegará un especialista.

—¿Qué clase de especialista?

—Derribará las murallas que bloquean tu mente, hará qué seas capaz de transfigurarte en segundos con sólo mirar a quien deseas imitar.

—Eso no es posible.

—Claro que sí. ¿Este poder tuyo, Caronte, no te explica que la. Superioridad decidiera tu muerte enviándote a Tingani?

—¿Qué soy yo?

—Fuiste un experimento fallido.

Caronte se sentó junto a la mesa donde estaban las bebidas y eligió una botella con cuidado, de la que antes ellos habían estado bebiendo. Llenó una copa y tragó el líquido fuerte y ardiente con ansiedad.

—Sigue, Duque de Karr.

—Fuiste concebido en un laboratorio. Nunca podrás saber quiénes fueron tus involuntarios padres. Creciste en un útero artificial y tu genética alterada para que al crecer resultaras un ser sin mente que permitiera sin protestar todas las modificaciones necesarias para que tus miembros y órganos fueran aprovechados por otros.

—¿Un suministrador para los trasplantes?

—Sí. Pero se descubrió que algo había fallado, que poseías una mente algo superior a la corriente. Mientras se decidía tu futuro, matarte o no, alguien te robó del laboratorio. Fue un tipo que quería venderte en otro mundo. Perseguido, te dejó en Ofidia y allí, donde la ley de la Superioridad apenas puede llegar, fuiste recogido por una pareja que se encariñó contigo al principio, aunque luego, al crecer, te arrojara al arroyo?

—¿Por qué al cabo de más de veinte años me buscaron? ¿Acaso representaba un peligro, no tenía derecho a vivir?

—Nunca dejaron de buscarte. Al final supieron que estabas en Ofidia y la Superioridad envió a varios de sus agentes. Tu condena fue ser deportado a Tingani y allí esperar la muerte extrayendo el mineral. Antes de desembarcarte en el planeta se te inyectó una droga que te impediría descubrir tu poder. Ya resultaba increíble que durante tu juventud nunca te hubieras percatado de las

cualidades que siempre has llevado ocultas.

—Ahora dime por qué me has sacado de Tingani y qué deseas que haga para pagar el favor que me has hecho librándome de la muerte.

Homulko entornó los ojos y lo miró un instante.

—Sí, no hay duda de que eres inteligente. Piensas acertadamente, amigo. Casualmente, hace unas semanas alguien se acordó de que tú, un error de la ciencia, fuiste enviado a Tingani para morir. De forma rutinaria se investigó sobre tu suerte. Todos creíamos entonces que ya habrías muerto hacía algunos años. Cuál no sería nuestra sorpresa cuando el jefe del penal nos informó que todavía vivías. Partí inmediatamente en tu busca.

—¿Por qué se acordaron de mí?

El Duque encendió el sistema holográfico y apareció la figura altanera de Otón III. La imagen estaba inmovilizada. Explicó:

—Existe una crisis en Mersal relacionada con el planeta Walun. Otón siempre ha obedecido las directrices de la Superioridad, pero últimamente no hace caso a nuestras órdenes, tu lo suplantarás, Caronte.

—Estás loco.

—De ninguna manera. ¿Por qué lo dices? Ya te he demostrado que puedes convertirte en su copia exacta.

—Me repugna ese tipo. Además, no soy ningún actor.

—Se te preparará de forma que… ¡Caronte!

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el aludido de forma estentórea, viendo como el duque mostraba un gesto de sorpresa enorme.

—Tus reflejos han actuado en tu cara —dijo estupefacto—. Mírate al espejo.

Caronte lo cogió y vio su propia cara, sin el menor rasgo del tosco trabajo hecho en su carne por Homulko. El ligero parecido que hasta entonces había tenido con Otón III no existía.

—¿Qué ha pasado?

—Lo que yo creía que podías hacer después de mucho tiempo de aprendizaje —sonrió el otro—. Sólo has deseado no ser Otón, volver a ti mismo y… Ya ves. En unos segundos mi trabajo ha desaparecido.

—Eso sería peligroso, ¿no? Imagínate que estoy en medio de un salón de la corte y de pronto sufro un cambio.

—Nada de eso. Después de unos tratamientos aprenderás a controlarte. Mañana mismo empezarán las sesiones. Antes dime. ¿Estás dispuesto a trabajar para la Superioridad?

Caronte lo pensó un rato.

—¿Sólo ganaré la libertad?

—¿Qué estás pensando?

—Lo lógico, Duque de Karr. Pienso que luego de hacer el trabajo no te serviré y puedes matarme.

—No somos tan crueles —sonrió Homulko.

Caronte pensó que les había sobrado crueldad para querer matarle cuando era un bebé y luego no dudaron en apresarlo cuando era un muchacho y condenarlo a la muerte lenta en Tingani. Por prudencia calló sus temores.

—¿Cómo estaré seguro?

—Sólo dos personas en la Superioridad sabemos que vives. Los demás miembros de importancia conocen que un agente secreto ocupará el lugar de Otón. No tengo por qué matarte al concluir tu misión, Caronte. Además, pienso que podrías servirme más adelante.

—Entonces sólo ganaré la vida y algo de libertad, ¿no?

—Y riquezas. Podrás vivir como un príncipe mientras no necesitemos más de ti. De tu comportamiento dependerá que estemos satisfechos de que vivas. ¿Aceptas? Para este trabajo es preciso una colaboración voluntaria.

—Claro que acepto, Homulko.

El duque le tendió la mano y el ex presidiario se la estrechó mientras esbozaba una sonrisa que si el otro la hubiera interpretado debidamente habría temido algo, recelado de Caronte.

CAPÍTULO III

Homulko había elegido cuidadosamente para Caronte el especialista que debía acondicionarle la mente. Se trataba de una nativa de Obhele, mujer que en su planeta tuvo bien ganada fama de bruja y por ello debió salir de allí a toda prisa. En Obhele no eran bien miradas las paranormales y telépatas y usualmente acababan en la hoguera, ante la complacencia de la bárbara sociedad local.

Dos semanas más tarde, Dhiminka entró en los aposentos de Caronte. Llevaba nuevas grabaciones en las manos. Encendió el proyector holὀgrafo y cuando entró su pupilo, dijo:

—Imítalo.

Caronte vio la imagen de un humanoide de repugnante aspecto. Su cerebro respondió al instante y una copia de la proyección quedó plasmada en su cuerpo.

Dhiminka sonrió complacida.

—Sabía que lo conseguirías. • Caronte recobró su aspecto. Transformadas sus células en una reproducción de la criatura estaba incapacitado para expresarse verbalmente. Enfurecido, interpeló a su instructora:

—¿Qué te propones? Me has sorprendido...

—No dudo de ello, Caronte—sonrió la mujer con sus labios delgados y duros—. Llevamos muchos días de duro trabajo. Sabía que tus poderes son más fuertes de lo que tú mismo crees.

Hizo desaparecer la imagen del humanoide.

—Hasta ahora sólo habías sido capaz de copiar a seres humanos. Ya ves lo fácil que te ha resultado adaptarte a las formas de algo tan horrible. ¡Y en nada más que un segundo!

—¿Eso quiere decir que mi aprendizaje ha terminado?

—Yo diría que sí.

—Pienso lo contrario. Todavía no me siento capaz 3 de usurpar a Otón.

—¿Porqué?

—Ignoro qué debo hacer.

—Eso te lo dirá el Duque de Karr.

Caronte miró a la mujer. Durante catorce días había soportado su presencia, sus agotadoras sesiones. La odiaba profundamente.

—¿Cuándo?

—Pronto. Apenas yo le informe. Ha sido un placer, Caronte.

El hombre tomó la mano de la mujer y por un instante la estuvo apretando con tanta fuerza que ella empezó a mostrar cierta inquietud. En seguida, Caronte la soltó y volvió a sonreír amistosamente.

Dhiminka salió de los aposentos de Caronte. En el pasillo preguntó a un esclavo por el Duque.

—Creo que está en el jardín, dama Dhiminka —informó el esclavo clavando la mirada en el suelo.

La mujer bajó a la primera planta y salió al jardín. Paseó bajo el domo transparente que protegía todo el perímetro. Más allá de la barrera energética existía la venenosa atmósfera del planeta, donde rugía una tormenta de amoníaco.

Anduvo por las sendas. Las pequeñas esferas flotantes apenas podían despejar las sombras. Descubrió una figura que contemplaba, de espaldas a ella, el surtidor de luz de una fuente cromática.

—Duque... —susurró la mujer.

Homulko se volvió lentamente y la miró.

—¿Qué hace aquí? —preguntó el noble—. Creí que estaba con su alumno.

Ella se encogió de hombros y suspiró.

—Ese tipo ya no necesita de mis lecciones, señor.

—¿De veras?

—Estoy segura. Desde hace días tenía el presentimiento de que había asimilado más de lo que intentaba demostrar. Hoy lo he sometido a una prueba y ya no tengo la menor duda.

—¿Entonces, está dispuesto para el trabajo?

—Desde luego. Señor...

—Dígame, dama Dhiminka.

—Es un hombre peligroso.
—Ya lo sé.
—¡No! Le mostré la imagen de un ser muy difícil de reproducir y lo hizo en un instante, sin ningún problema.
—¿Por qué lo hizo?
—Tengo miedo de Caronte, señor.
—Sólo quiero saber si está dispuesto.
—Sí, claro…
—¿Intenta sugerirme algo?
—Ya hablamos de eso ayer, señor, cuando le insinué que Caronte podría volverse contra usted y le aconsejé que…
—¿Quiere cambiar su consejo?
—De ninguna manera. Insisto en que prescinda de él.
—¿Ahora? ¿Desaprovechando sus facultades?
—Sería lo más sensato.
—La Superioridad lo necesita.
—Duque, déme mi dinero, borre de mi memoria todo lo que sé de Caronte y déjeme marchar.
—Está asustada, dama Dhiminka.
—Lo reconozco. Cuando Caronte termine con la misión que usted le tiene encomendada, le será difícil librarse de él.
—Tengo que esperar hasta entonces.
—Ordene que lo maten hoy mismo, ahora mismo.
Homulko sonrió ampliamente. Se acercó a la mujer.
—Es un monstruo —insistió Dhiminka—. Caronte es un diablo que dejará suelto.
—Lo tengo muy bien controlado.
—No se fíe de él. ¿Cómo podrá controlarlo?
El Duque apoyó sus manos en los hombros de Dhiminka y la miró fijamente a los ojos.
—Yo puedo controlarlo todo, querida dama.
La mujer iba a abrir la boca cuando sintió que unos dedos fríos y duros se cerraban alrededor de su cuello.
—Caronte… —susurró.
No puedo decir más. La presión que empezaba, a ahogarla aumentó y dos segundos después tenía el cuello roto.
El hombre la sostuvo hasta que ya no le quedó la menor duda de que había muerto.

—Maldita seas, mujer, tú y tus consejos.

La agarró por las axilas y la llevó hasta el límite de la barrera. Allí había una compuerta de seguridad. Más allá, en medio de la tormenta, vio una nave anclada a la pista principal. Era el vehículo que había llevado a Dhiminka al planeta y permanecía allí esperando que terminara su trabajo para reintegrarla a un mundo civilizado.

El hombre empujó el cadáver al interior de la esclusa y luego cerró la puerta. Accionó el sistema de apertura de la exterior. Vio el cuerpo de Dhiminka caer sobre el polvo y luego como la tormenta lo atrapaba. Unos segundos más tarde no podía verla.

Cuando se retiró de la barrera ya no era Homulko, sino Caronte.

Regresó a sus aposentos desde el jardín y allí esperó tumbado en la cama, con la mirada puesta en el techo raso.

Horas más tarde, Homulko se presentó. Tenía una expresión preocupada.

—¿Dhiminka estuvo hoy aquí, Caronte?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace que se marchó?

Caronte se sentó en la cama y simuló pensar la respuesta:

—Creo que hace unas cinco horas. Tenía algo de prisa.

—¿Por qué?

—No sé. Dijo que le urgía ir a su nave a recoger algo que había olvidado allí. ¿Pasa algo?

—Esa estúpida no debió recordar que durante una tormenta de amoníaco es una locura salir del recinto.

—No entiendo…

—Acaban de encontrarla. Bueno, lo que queda de ella, unos restos aplastados contra una roca. El viento debió arrancarle toda la ropa, incluso el traje de presión que supongo utilizó para cruzar la distancia desde el recinto hasta la nave.

El Duque escrutó la reacción de Caronte, que apenas se limitó a enarcar una ceja.

—Parece no lamentarlo —dijo Homulko.

—Nunca me agradó esa mujer.

—¿La odiaba?

—Me resultaba indiferente. Me cansaba demasiado, nunca estaba contenta.

—Era la mejor en su especialidad; no encontraremos otra como ella. No habrá tiempo.

—Creo que no es necesario, señor. Sólo necesito que usted me explique qué debo hacer.

—Demonios, Caronte —gruñó el Duque—. Estamos demasiado nerviosos los dos. No olvidemos que ante todo el mundo debemos demostrar una amistad tan grande que incluso nos tuteamos en público.

—No volveré a olvidarlo, Homulko.

—¿Crees que estás capacitado?

—Sí. ¿Necesita una demostración?

Sin esperar el permiso de Homulko, Caronte cerró los ojos y tensó todo el cuerpo. Lentamente fue cambiando su cara, se hizo más alto y delgado. Casi un minuto más tarde era el doble perfecto de Otón III de Mersal.

—No está mal —asintió Homulko—. Has tardado demasiado, pero el resultado es exacto. Engañarías a la misma madre de Otón. ¿Qué tal el tono de la voz?

—Yo creo que nadie notaría la menor diferencia —aseguró Caronte con la voz de Otón.

—Bien —dijo Homulko—. No tengo otra alternativa que resignarme. Saldremos mañana mismo para Mersal. El viaje durará cinco días y durante éstos terminaré yo mismo de instruirte convenientemente.

—Me alegro de salir de aquí, señor.

—Yo también —dijo el Duque roncamente.

* * *

Al día siguiente descendió una nave de imponente aspecto. Caronte la vio situarse en la misma pista que durante dos semanas estuvo, ocupada por el vehículo de Dhiminka. La tormenta había cesado y el cielo mostraba un color gris sucio. Varios esclavos llevaron el equipaje hasta la nave. Usaron un camino hermético desde el recinto.

Homulko llamó a Caronte por medio de una de las chicas y éste al pasar junto a ella recordó haberla tenido una noche y le sonrió amistosamente.

Dentro de la nave, el Duque le explicó:

—Es mi crucero privado. Se llama «Averno». Está matriculado en

Mersal.

—¿Un miembro destacado de la Superioridad posee una nave registrada en un mundo aliado de la Tierra? —sonrió Caronte—. Me parece una incongruencia.

—Todo tiene su explicación. Vamos a mi camarote. Allí te lo contaré todo apenas hayamos partido.

Caronte vio que la tripulación del navío estaba compuesta por militares. Aunque todos vestían uniformes de la Armada Real de Mersal no había que ser un lince para adivinar que muchos procedían de mundos controlados por la Superioridad Terrestre.

Entraron en un camarote y Homulko señaló una puerta.

—El tuyo está ahí. Durante estos días vamos a hablar mucho, cambiar impresiones. ¿En qué piensas, Caronte?

—Me preocupan muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—¿Cómo tomaré el lugar de Otón?

—Eso está decidido. Siéntate. No te inquietes por el momento de la partida. Esta nave está acondicionada para que no notemos la aceleración. Ni siquiera nos enteramos cuando penetremos en el hiperespacio.

CAPÍTULO IV

Después de la cena, cuando el camarero se retiró, Homulko dijo:

—¿Qué sabes de Walun?

—Es un protectorado de Mersal, ¿no?

—Mersal, en realidad, no es su protector, sino su amo. Mersal explota a Walun, lo expolia. Los walunitas están cansados y quieren expulsar a los mersalianos!

—Muy lógico.

—Si, desde el punto de vista de un neutral. Pero a la Superioridad no le interesa que Walun expulse los enclaves militares de Mersal que existen en su mundo.

—¿Por qué?

—Los minerales que se extraen de Walun son necesarios para la Superioridad debido a su rareza. Unas compañías terrestres disfrutan sus concesiones especiales de Mersal. Si el protectorado se rompe se habrán perdido para la Tierra las fuentes de materias primas.

—¿Qué pinto yo en todo esto?

—Tú, nada. Es Otón III quien nos estorba.

—¿Por qué no lo han eliminado?

—Otón consiguió el trono gracias a la ayuda de la Superioridad. Ahora, al cabo de unos años, el muy ingrato considera pagado el favor que le hicimos y está dispuesto a que su planeta rompa los lazos con Walun y éste mundo recobre su total independencia.

—¿Un rey pacifista?

—Se ha vuelto un pacifista. Al principio no dudó en reprimir con sangre y fuego los intentos de independencia de Walun. Parece ser que ahora prefiere la paz, evitar muertes.

—¿Qué debo hacer yo?

—Apenas transcurran unas semanas tú cambiarás la política de

Otón.

—¿Cómo?

—Mersal posee un ejército notable, pero creo que incapaz de sofocar una rebelión en toda regla si los walunitas, como nos tememos, siguen recibiendo armas de mundos enemigos de la Superioridad y puedan oponer una fuerza considerable a las guarniciones de mersalitas. La Tierra, como aliado de Mersal, puede intervenir militarmente si la reclamación es oficial. Otón nunca hará esto porque en cierto modo está harto de depender de nosotros. Ha llegado hasta el extremo de permitir la independencia de Walun si a cambio él obtiene lo mismo para su planeta.

Caronte asintió.

—Es fácil de comprender que la Superioridad quiera que yo, usurpando a Otón, declare la guerra al protectorado de Walun y reclame la asistencia militar de la Tierra.

—Nada será más agradable para la Superioridad que enviar una flota armada terrestre. Todo antes que perder esa fuente de suministro de materias primas.

Caronte tomó un cigarro de la caja y lo prendió con lentitud. Miró a su interlocutor a través de una nube de humo.

—Otón no es un rey odiado por su pueblo, sino todo lo contrario. ¿Cómo será acogida por la opinión pública este cambio de política? El Consejo puede ser un estorbo.

—El Consejo está compuesto por nobles que desde hace tiempo no ve con buenos ojos el pacifismo de su rey. No nos hemos atrevido a provocar un derrocamiento, pero ante los hechos consumados de la declaración de guerra a Walun no podrán decir nada los sectores adictos a la paz y al rompimiento de relaciones con la Tierra.;

«Además, yo estaré siempre a tu lado para aconsejarte en todo.»

—Estoy ansioso por saber qué pintas tú directamente.

—Hace cinco años viví una larga temporada en Mersal. Me hice muy amigo de Otón cuando no había caído en las redes de sus pésimos consejeros. Me gané el título de ciudadano honorario de Mersal, del que ahora pienso valerme para entrar en el palacio real sin ser anunciado.

—Otón puede haber olvidado su amistad, ¿no?

—No se atreverá a ofenderme negándose a recibirme. Teme a la

Superioridad. Será cauto. Yo sólo necesitaré de unas horas a solas con él para consumar el plan.

—¿Entonces yo lo suplantaré?

—Sí.

—Hay algo que me tiene intrigado —sonrió—. Bueno, son muchas las cosas que me intrigan, pero sobre todo: ¿Qué gente tiene Otón a su alrededor?

—¿A su alrededor?

—Sí. Una o varias personas deben aconsejarle.

—Las conocerás a todas. Cada noche que duermas en esta nave recibirás instrucciones hipnóticas y aprenderás todas las virtudes y milagros de los amigos y conocidos de Otón.

—¿Y la esposa de Otón?

—Sabrás comportarte con ella adecuadamente.

—En las grabaciones holográficas de Otón éste aparece como un cretino, un petimetre.

—Por desgracia eran grabaciones antiguas. Creo que su cambio empezó a producirse hace un par de años. Dejó de frecuentar bailes, orgías y partidas de caza para enfrascarse en los asuntos de estado. Descubrió personalmente muchas corrupciones y envió a la cárcel a centenares de nobles que se enriquecían ilegalmente a sus espaldas. Pese a todo, ante la corte se sigue mostrando altanero. Es un defecto o virtud que no ha podido desterrar.

Caronte se puso tenso.

—¿Grabaciones antiguas?

—No te alteres. No son demasiado viejas. Otón no ha cambiado mucho. No olvides que yo estaré siempre a tu lado cuando te enfrentes a personas que puedan ponerte en un aprieto.

—Hay algo que me preocupa —dijo Caronte restregándose las manos.

—Escúpelo.

—La reina es una mujer hermosa, es cierto. Sin embargo, pese a su boda, Otón no ha abandonado sus prácticas homosexuales.

—Fue una boda de interés. No te preocupes por esa minucia porque la reina Yarmina es muy liberal y no le molesta que su regio esposo tenga algún que otro esporádico compañero íntimo.

—No me inquieta ella.

Homulko soltó una carcajada.

—Ahora recuerdo que te mantuviste en el penal al margen de las fiestas privadas de los presos —dijo el Duque quitándose una lágrima con la uña del dedo meñique—. Has debido controlarte de forma increíble durante dos décadas para no caer, en la tentación, amigo. Entonces se explica que durante todas esas noches agotaras a las mujeres que te enviaba a tu dormitorio. Querías ponerte al corriente, ¿no?

—Nada me has explicado de los amantes masculinos de Otón. ¿Qué sabes de su favorito? Por ningún lado he visto grabaciones.

—No existe ningún predilecto de Otón. Vamos, Caronte, suelta esa preocupación. Otón es bisexual. Si por una temporada te limitas alas damas de la corte nadie sospechará nada.

—¿Y mis relaciones con la reina Yarmina?

—Una vez a la semana Otón acude al tálamo real y cumple someramente con su deber de esposo.

—¿Acaso es frígida la reina?

—Me temo que sí —suspiró Homulko—. Pero no se la considera lesbiana. Nunca ha dado un escándalo.

Caronte se repantingó en el sillón. Después de cruzar las piernas, preguntó:

—¿Cuándo llegaremos a Mersal?

—Dentro de tres días.

—¿Qué debo hacer?

—Entrarás conmigo en el palacio.

—¿Con la cara de Otón?

—Por supuesto que no —replicó el Duque con enfado—. Te mostraré una reproducción de un secretario que tuve. Estuvo conmigo en Mersal. Bajo su apariencia te introducirás en las habitaciones reales. Pocas horas antes de llegar al planeta enviaré un mensaje saludando al rey y pidiéndole una audiencia urgente.

—¿Tan seguro estás de que te la concederá?

—Sí. Aunque de manera no oficial, representaré a la Superioridad. Otón no puede negarse.

* * *

Mientras el «Averno» se aproximaba a Mersal disminuyendo la velocidad para entrar en órbita, Caronte se aisló de todo y se sumió en sus pensamientos.

En un momento dado abrió los ojos y miró al espejo que tenía

enfrente. Contempló a un hombre de aspecto vulgar, algo corto de estatura y rechoncho, de cara gruesa y barba rojiza, calvo incipiente. Ahora era el secretario Jamilson, servidor insustituible del Duque de Karr.

Caronte esbozó una sonrisa de ironía en los labios de Jamilson. Unas pocas semanas antes era un recluso de Tingani, que pese a haber vivido más que ninguno otro, su plazo de existencia en el mundo de los vivos debía resultar ya muy corto; un individuo conocido por el número JZ-23490 grabado en el collar de acero dotado con carga explosiva, un miserable que cualquier guardián podía matar sin tener que dar explicaciones. Pero también era el recluso más temido por sus compañeros, el más fuerte e implacable, a quien los trabajos más duros no le asustaban.

Su oportunidad de salir de Tingani había tardado diez años en llegar, se repetía una y otra vez Caronte. Y se decía a continuación que el futuro que se le presentaba sabría aprovecharlo.

Usurpando momentáneamente al Duque había conocido por medio de Dhiminka que la muerte iba a ser el pago por sus servicios a la Superioridad. ¿Cómo terminaría aquello.

Caronte no se había atrevido a preguntarle a Homulko si el rey tenía que desaparecer para siempre o sólo sería apartado de la circulación durante el tiempo que durara la suplantación. ¿Cuando terminase la trama política y el levantisco Walun olvidara sus apetencias de independencia volvería Otón III a reinar, una vez aprendida la lección de que no debía enfrentarse a la Superioridad Terrestre?

Escuchó el silbido de aviso. La nave estaba descendiendo.

Veinte minutos más tarde fue llamado por Homulko a la sala donde estaba situada la esclusa. El Duque vestía su mejor traje. Hablaba con el comandante del «Averno». Al verle aparecer se dirigió a él con una sonrisa de satisfacción y le dijo:

—Jamilson, ahora vuelvo a ser tu superior. Debes hablarme con el respeto debido. No eres sino un simple secretario. Ya te diré cuando llegue el momento de tratarme como a un igual, cuando seas Otón III.

Se abrió la compuerta y Caronte miró al otro lado. Vio una extensa explanada de reluciente superficie. Al pie de la nave flotaba un pequeño vehículo a un par de metros del suelo. Al lado estaba

formada una compañía de soldados con uniformes azules y amarillos.

—Vamos —dijo en voz queda el Duque.

Empezó a bajar por la rampa. Caronte, siguiendo las instrucciones, lo siguió a poca distancia. Llevaba un maletín negro. No sabía lo que contenía pero lo sentía pesado.

El oficial gritó unas órdenes y la compañía presentó armas. Luego subieron al vehículo y éste remontó el vuelo. Se dirigieron a la ciudad cercana, una urbe que a Caronte le pareció hermosa. Pensó en cualquier concentración metropolitana le debía resultar atrayente después de diez años sin ver otra cosa que miserias y rocas, gente hambrienta y moribunda, atacada por las radiaciones y las enfermedades propias de la desnutrición.

Sentado a su lado, el Duque no abrió la boca. Caronte lo observó de reojo y lo encontró algo retraído, como si de pronto la preocupación se hubiera hecho dueña de su persona ante la proximidad del paso trascendental que iban a dar. Por experiencia sabía que el plan mejor trazado podía irse abajo a causa de una motivación insignificante.

La capital se llamaba Bumersal y en su centro se alzaba, esplendoroso, el palacio real, rodeado por una plaza radial de más de doscientos metros. A su lado los edificios más cercanos aparecían como ridículamente pequeños.

El vehículo descendió en el interior del palacio, en una parte abierta del ala Este. Allí fueron recibidos por un hombre mayor que Homulko intentó saludar con gran entusiasmo. Sin embargo, Caronte observó que el chambelán trataba al terrestre con forzada amabilidad. Sin duda la presencia del enviado no oficial de la Superioridad no era bien recibido, al menos personalmente por el jefe del protocolo.

—Su Majestad recibirá a su excelencia el Duque —dijo el chambelán.

—Estoy impaciente por saludar a mi amigo —sonrió Homulko.

El chambelán apenas esbozó una sonrisa tibia y Caronte decidió interpretarla como la leve manifestación del mersaliano de que el recién llegado no iba a encontrar las cosas como esperaba.

La parte Este del palacio era la más tranquila, mientras que en los otros sectores se desarrollaba la agitada vida cortesana. El

chambelán eludió estos lugares y condujo a los recién llegados a la parte Norte donde radicaban los aposentos reales.

La guardia allí era numerosa, soldados apostados en cada tramo de pasillo y ante las puertas de seguridad.

Entraron en una habitación de dimensiones normales. Caronte descubrió entre las personas que la ocupaban al rey.

Otón III estaba rodeado por varios criados que terminaban de vestirle. Apenas vio entrar al Duque y su secretario se adelantó y tendió la mano repleta de sortijas, entre las que destacaban la Gema Real.

—Estimado amigo Homulko —dijo el rey—. ¡Cuantos años sin vernos!

El Duque hizo una pequeña reverencia y luego le estrechó la mano.

—Estás mejor que nunca, Otón.

—Llevo una vida sana.

—¿Desde cuándo? —preguntó riendo Homulko.

Otón echó atrás la cabeza y entornó los ojos.

—Hace tiempo que he dejado las diversiones y las largas noches de disipación. He sentado la cabeza.

—Me alegro mucho. ¿Podemos hablar en privado?

—Claro que sí. Mi chambelán ha dispuesto, aposentos para ti en el ala Sur. Recientemente la he acondicionado y he creído conveniente que vivas allí el tiempo que dure tu visita. Por cierto, ¿cuánto tiempo estarás en Burmersal?

Homulko no movió un solo músculo de sus facciones. Había comprendido la insinuación. Otón quería saber lo antes, posible el número de días que debía soportar su visita.

—Eso dependerá de muchas cosas, amigo.

—Oh, desde luego. Sabes que siempre serás bienvenido. No me gustaría que te marcharas en seguida.

—Estoy seguro que te decepcionaría si me marchará pronto.

Otón hizo un gesto y sus criados empezaron a salir. Caronte los fue estudiando mientras pasaban por su lado. Todos eran jóvenes y apuestos. Sonrió torvamente y se preguntó cuál de ellos seria el predilecto del rey en la actualidad.

El chambelán quedó junto a la salida y Homulko lo miró de soslayo. Otón entendió el gesto y dijo a su jefe de protocolo que

podía retirarse.

Entonces miró al secretario del terrestre con una ceja enarcada. Homulko se apresuró a explicar:

—Prefiero que Jamilson se quede —señaló la cartera que llevaba Caronte y añadió—: Dentro tengo unos documentos que quiero mostrarte y sólo él puede abrirla.

—Había pensado que tu visita era sólo un acto de iniciativa privada, Homulko —dijo el rey con pesar.

—Y así es. No vayas a pensar que voy a fatigarte hablándote de política.

—Está bien. Sentémonos y dime qué asunto te ha traído, realmente, a Mersal.

Caronte dejó que Homulko y Otón se acomodaran en unos sillones situados en un rincón de la habitación, cerca de un mirador panorámico. El rey, con su comportamiento, desmentía categóricamente la impresión que él pudiera conservar de su escasa inteligencia. En los ojos claros del monarca podían leerse fácilmente una enorme carga de astucia bien disimulada.

Seguro de que el mersalita no le veía, Caronte se deslizó hasta una habitación próxima y de ella pasó a las demás. En ningún aposento había nadie. Echó un vistazo al enorme cuarto de baño y luego regresó al salón, en el preciso momento en que Otón decía en voz alta a Homulko:

—Mis asuntos los llevo yo, sin intervención de nadie.

—Cálmate, Otón. Sabes que mi llegada no es oficial. Te hablo como amigo y estoy en el deber de aconsejarte que tu desviacionismo puede acarrearte problemas.

—Sé lo que estoy haciendo. Estoy cansado de la Superioridad y sus intrigas. No movilizaré el ejército de Mersal para aplastar a los walunitas. Ellos están sobrados de razón. En todo caso, los únicos que saldrían perjudicados son los banqueros terrestres. ¿Qué me importa a mí si pierden los derechos de explotación?

—Son unos derechos que tú les otorgaste.

—Pero bajo la condición de que Walun siguiera bajo la protección de mi reino —sonrió Otón—. Conozco bien los términos del tratado. Si la Tierra tiene interés en proteger los intereses de cinco o seis sociedades, que sea ella quien vulnere las leyes galácticas enviando sus naves para sofocar las apetencias de Walun.

Te repito que no moveré un dedo.

—No se puede decir que seas un aliado fiel de la Tierra...

—Ante todo debo ser fiel a mi pueblo, evitar que cientos de miles de soldados mueran por defender los intereses de la Superioridad. No quiero ser señalado con el dedo acusador de muchos estados libres de la Galaxia.

—Como quieras, Otón —sonrió Homulko—. Por cierto, ¿qué tal van tus cacerías?

—Hace dos años que no organizo ninguna.

—La reina Yarmina ha cambiado mucho tu forma de vida.

—Déjala en paz.

—Oh, no te enfades. No me gustaría irme sin dejar de conocerla.

—Esta noche daré una cena en tu honor —sonrió Otón, súbitamente calmado—. Diré a todos que lamentándolo mucho no podrás quedarte más de dos días en la ciudad, que deberes inaplazables reclaman tu presencia en otra parte.

—Es una forma muy sutil de decirme que me vaya.

—Me alegra que lo hayas entendido.

—Resulta lamentable, entonces...

Desde su apartado lugar, Caronte no se inmutó cuando Homulko sacó un arma de entre los pliegues de su túnica y disparó.

Otón apenas había formado un gesto de asombro en su rostro cuando cayó al suelo.

—¿Lo ha matado? —preguntó Caronte.

—No. Sólo lo he adormecido. ¿Está cerca el cuarto de baño?

—Sí. Es grande y el sumidero dispone de un desintegrador.

—Magnífico —asintió Homulko incorporándose—. Llévalo allí, Caronte.

—Soy todavía Jamilson —corrigió con uña sonrisa de burla.

Caronte se acercó al inanimado rey y lo agarró por las piernas. Lo arrastró sin ningún miramiento por la estancia y lo llevó al cuarto de baño. Allí esperó al Duque.

Cuando Homulko se dirigía a reunirse con Caronte se escuchó una suave llamada en la puerta. Los dos hombres se miraron preocupados y el Duque hizo un gesto de tranquilidad al otro. Luego se volvió y caminó hacia la entrada. Abrió un poco una de las dos hojas de las puertas.

Al otro lado había un criado que después de hacer una

reverencia, dijo:

—Excelencia, el chambelán desea mostrarle sus aposentos.

Homulko apretó los labios. Reconocía haber cometido un error al abrir él la puerta, lo que debió realizar su secretario. Ya era tarde para rectificar. Estaba buscando una respuesta cuando Caronte se aproximó y dijo casi en voz baja:

—Señor, puede usted irse tranquilo. Yo iré explicando mientras tanto a su Alteza los pormenores del asunto, tal como lo estaba haciendo.

El Duque miró a Caronte fijamente.

—¿Sabrás hacerlo?

Caronte asintió con fuerza.

—Usted me lo explicó bien todo, señor. Sé lo que debo hacer. Cuando regrese encontrará a su Alteza de buen humor.

Homulko asintió dos veces con la cabeza.

—Está bien. Confío en ti, Jamilson. Volveré lo antes posible.

—Puede confiar, señor. Lo recuerdo todo y lo haré al pie de la letra.

Homulko pasó delante del criado y se perdió por el corredor. Cuando el sirviente iba a retirarse, Caronte le dijo:

—No te alejes mucho.

Cerró la puerta y después de asegurarla regresó al cuarto de baño. Contempló al rey y se arrodilló junto a él. Empezó a desnudarlo. Mientras lo hacía su cuerpo y cara fueron cambiando. Al cabo de unos segundos, Caronte era exactamente igual al hombre tendido en el suelo frío.

Tomó el arma que dejara el Duque sobre un taburete y la graduó. Sus disparos serían como tajos, un cortante cuchillo que cauterizaría cualquier herida y evitaría que el cuarto de baño se convirtiera en una carnicería.

Apuntó con el agudo cañón al cuello del rey. Empezaría cortándole el cuello. Era lo primero que hubiera hecho Homulko.

CAPÍTULO V

Pálido, Homulko entró en el cuarto de aseo y quedó debajo del dintel. Vio el cuerpo sin cabeza, desnudo, que yacía al pie de la gran bañera donde estaba funcionando el sumidero a toda potencia. Un ligero rastro de sangre serpenteaba por las baldosas. Al oírle, Caronte se volvió. Tenía las manos manchadas de rojo y una de ellas sostenía el arma cortadora.

—Has vuelto antes de lo que había pensado —dijo Caronte.

—Puede librarme de ese viejo —jadeó Homulko—. Veo que te has retrasado algo.

—El desintegrador no funcionaba correctamente. Ahora está bien y podemos seguir. ¿Seguimos por los brazos y piernas, señor?

Homulko asintió y dijo:

—Pero antes debemos poner el cuerpo dentro de la bañera. Será más fácil.

—Tienes razón —sonrió Caronte—. No sé cómo no lo había pensado. ¿Qué miras, Homulko?

—Te veo a ti y pienso que el rey no ha muerto, que no es su cuerpo el qué vamos a hacer desaparecer.

Caronte soltó una carcajada.

—Si teme que él haya tomado mi puesto antes de sorprenderme…

—Puedo pensarlo todo.

—Vamos, amigo Homulko. Ahora ya puedo tutearte porque tu fiel secretario ha desaparecido desde el momento en que yo empecé a ser el rey de Mersal.

—Podía ser como yo pienso, ¿no?

—Ah, sí. Pero no te preocupes. Soy el Caronte que sacaste de Tingani hace unas semanas. ¿Seguimos?

—Sí, claro.

—¿Qué dirá de la desaparición de tu secretario?

—No hay problema. Jamilson ha vuelto al «Averno».

—Alguien se extrañará si no volviera a verlo.

—No. El «Averno» partirá mañana, cuando tú, como rey Otón, me ruegues esta noche en el banquete que darás en mi honor que debo quedarme una temporada haciéndote compañía. Nadie se acordará de Jamilson.

Caronte tomó el arma y la disparó contra el hombro del muerto. El brazo se separó del tronco limpiamente, apenas quedó un ligero rastro de sangre.

—Pareces disfrutar con tu trabajo —comentó Homulko sintiendo un escalofrío al ver cómo Caronte empezaba a cortar en trozos pequeños el brazo y los iba echando al sumidero donde funcionaba el desintegrador.

—Me repugna, Duque —respondió Caronte sin volver la cara—. Pero lo considero necesario... Aunque te parezca mentira no me agrada la muerte de un ser humano... si esta muerte es gratuita.

—¿Quieres decir que la desaparición de Otón la estimas precisa?

—Dadas las circunstancias... Sí. Usted es quién lo ha matado, no yo. Sólo soy un obrero que lleva a cabo su proyecto.

—Estás cometiendo un fallo imperdonable, Caronte.

—¿De veras? —El ex recluso giró la cabeza para mirarle—. ¿Cuál?

—Ahora eres Otón y estás por encima de mí.

—Tampoco vuelvas a llamarme Caronte.

—Touché. Me has dado la debida respuesta —rió Homulko.

Veinte minutos más tarde no quedaba el menor rastro del cuerpo, ni siquiera una ligera mancha de sangre en el cuarto. Caronte se ocupó de hacerlas desaparecer.

El propio Homulko ayudó a Caronte a vestirse con las ropas que poco antes había quitado al rey y yacían en un rincón.

—Es un traje pesado —comentó Caronte dando unos pasos para acomodarse a los regios ropajes.

—Gajes del oficio. Te acostumbrarás al peso de la corona. Por cierto, debes ponértela al salir de aquí.

Homulko anduvo hasta el atrio donde estaba la joya y con exagerada solemnidad la colocó en la cabeza de Caronte. Se retiró y realizó una reverencia.

—Rey Otón III, de Mersal, te saludo.

—Serás mi huésped, Duque de Karr.

Caronte caminó altivo por la estancia y se dirigió hacia la puerta. Esperó. Homulko corrió para abrirla. En el pasillo estaba el chambelán, quien presto acudió al gesto de llamada de su señor.

—Esta noche habrá una fiesta en honor de nuestro invitado. Prepáralo todo —dijo Caronte mientras frotaba su Gema Real contra la pechera, costumbre muy habitual en Otón—. Me complacería mucho que la reina asistiera. El Duque de Karr tiene mucho interés en conocerla. Transmítele mi deseo.

Al instante el chambelán mostró su asombro y Caronte se mordió los labios, preguntándose en qué consistía su error.

—Majestad, la reina no está en Mersal. ¿Habéis olvidado que no regresará de su patria hasta dentro de dos días?

—Ah, es cierto —sonrió Caronte tímidamente—. Está bien, haz lo demás como te he dicho.

El chambelán se retiró presto. No se había alejado unos metros cuando regresó y preguntó, respetuosamente:

—Majestad, creí que un criado había quedado esperando tus órdenes.

—Lo envié con el secretario de mi amigo Homulko de vuelta a la nave «Averno».

La respuesta pareció satisfacer al chambelán y éste desapareció por el corredor. De nuevo en las estancias privadas, el Duque soltó una imprecación.

—Has estado a punto de cometer el primer error grave. Por fortuna ese viejo no ha podido recelar nada.

—¿Cómo podía saber que la reina no está en Mersal? ¿Qué es eso de que ha ido a su patria?

—Yarmina nació en Walun.

—¿Eh? —exclamó Caronte—. Ahora eres tú el imprudente, Homulko, ¿Por qué me ocultaste ese detalle? ¿Acaso no es importante?

—No me lo pareció —Homulko frunció el ceño—. Nunca me gustó ese casamiento. Creo que a partir de él las cosas empezaron a cambiar en los pensamientos de Otón.

—¿Entonces la reina está de visita en Walun? ¿Qué hace allí?

—No lo sé. Lo averiguaré esta misma noche. Conozco a varios

cortesanos que me informarán apenas los embriague un poco. Gente poco adicta al rey, ¿entiendes? —Desapareció el gesto adusto en Homulko y dijo con mejor humor—: En cambio debes felicitarte porque tu idea para justificar la desaparición de Jamilson ha sido convincente.

—Déjame ahora solo —pidió Caronte—. Es lógico que te retires a tus habitaciones a descansar.

Sin esperar la conformidad del Duque, Caronte pulsó un botón y al instante apareció un criado, al que dijo que condujera a su invitado a sus aposentos si éstos estaban ya dispuestos.

A solas, Caronte resopló. Se sentía cansado y en el cuarto de baño se despojó a manotazos de las ropas y no tuvo el menor reparo en sumergirse en el agua perfumada con que llenó la bañera, en donde poco antes fue descuartizado el cadáver.

* * *

A la cena en honor del Duque de Karr asistieron cientos de comensales, hombres y mujeres de la parasitaria nobleza de Otón III. Caronte, muy en su papel, apenas participó en las conversaciones y mantuvo una actitud de aburrimiento. De vez en cuando cambiaba unas palabras con el Duque, pero con quien más conversó fue con el Mariscal Vhishian, jefe supremo de los ejércitos reales.

Vhishian era un hombre de mediana edad, alto y fuerte. Aunque algo brusco, Caronte llegó a la conclusión de que era totalmente fiel a la corona, tal como los informes habían predicho. El Mariscal estaba sentado a su izquierda y el Duque ocupaba el asiento de la derecha.

En un momento dado, Caronte dijo en voz alta, lo suficiente para que Homulko le escuchara:

—Mañana mismo visitaré nuestras guarniciones en Walun, Mariscal.

—¿Puedo preguntarle a su Majestad con qué intención?

—Claro que sí —rió Caronte—. En realidad ya me has preguntado. ¿No crees que nuestros bravos soldados se alegrarán al verme allí? Tengo entendido que últimamente no se sienten a gusto en medio de un ambiente hostil.

—La reina fue precisamente a Walun para tranquilizar a sus antiguos compatriotas, señor.

—Lo sé, lo sé, querido Mariscal —asintió Caronte con un movimiento de cabeza—. Pese a todo quiero ir. Pienso que mi presencia reforzaría la amistad algo deteriorada últimamente, ¿no? Deseo hablar con los líderes walunitas. Mi esposa me ayudaría a despejar los recelos de éstos.

El Mariscal emitió una amplia sonrisa.

—Es una medida acertada, señor. Esta misma noche ordenaré los preparativos. Será escoltado por la flota de costumbre.

—Nada de exhibiciones qué puedan molestar a los walunitas. Viajaré en el crucero real. ¿Para qué más?

—Permítame entonces que me retire para empezar a disponerlo todo, señor.

Vhishian se alejó después de saludar dos veces seguidas con sendas inclinaciones de cabeza. Se marchó muy contento. Inmediatamente, Homulko, con el gesto crispado, preguntó al falso rey:

—¿Qué te propones? No es aconsejable que vayas a Walun, y mucho menos que te entrevistes con los líderes nativos. Ellos van a pedirte en seguida que retires las guarniciones mersalianas. Lo llevan exigiendo desde hace tiempo.

—Vamos, vamos, Homulko —susurró Caronte entre dientes—. Sólo pretendo ganar tiempo, que se calmen esos levantiscos walunitas. Si les hago promesas no nos causarán problemas en algunas semanas y nos darán un plazo suficiente para preparar tu y yo la estrategia.

Homulko se acarició el mentón y quedó pensativo un instante.

—No sé... Tal vez tengas razón. Sin embargo, cuando te entrevistes con ellos yo no podré estar a tu lado. Tendré que darte instrucciones...

—Pues deberás dármelas esta noche, porque no creo conveniente que me acompañes.

—¿Estás loco?

—Nada de eso. Todo el mundo sabe que te enloquece la caza. Te prepararé una para mañana y haré que te acompañen los nobles más apasionados en la cinegética. Yo no tardaré más de, unos tres días en volver.

—Caronte, ten cuidado.

—Lo tendré.

—Te lo digo por tu bien.

—Eso he entendido.

Caronte tomó con displicencia un trozo de venado y empezó a mordisquearlo con gesto de aburrimiento.

* * *

Tanto Mersal como Walun pertenecían al mismo sistema planetario compuesto de ocho mundos de los cuales el reino y su protectorado eran los únicos habitables. De dimensiones semejantes aunque algo más frío Walun, a causa de su mayor alejamiento del sol, una estrella amarilla, sus razas eran las mismas, descendientes de la primera expansión terrestre, esclavos cuando el Gran Imperio y ciudadanos libres durante el período democrático instaurado por el Orden Estelar. Con el advenimiento de la Superioridad Terrestre llegó el retroceso tecnológico en ambos mundos. Mersal se rearmó mucho más que el otro planeta y lo dominó en pocas décadas, convirtiéndolo en un extraño protectorado bajo la complacencia de la Tierra.

El crucero real se posó en un extremo muy vigilado del astropuerto situado a poca distancia de la capital de Walun. Un comité local acudió a presentar sus respetos al monarca de Mersal.

Caronte estudió a los cinco hombres que se acercaban a él. Su interés se centró en el más anciano, de planta venerable. Sabía que se llamaba Shalum y gozaba del respeto de todo el planeta. Líder del consejo administrativo, Shalum se plantó ante el rey y le hizo el saludo protocolario.

—Majestad... —empezó diciendo. Calló cuando una mano de Caronte se apoyó en su hombro. Al levantarla mirada, Shalum se encontró con una amplia sonrisa en los labios del monarca.

—Te saludo, Consejero Shalum. Esta noche quiero hablar contigo. A solas. ¿De acuerdo?

—Como ordenes, señor.

—No se trata de una orden, sino de uña petición. Espero que me honres con tu visita en mi residencia. Te aguardo a las ocho.

Caronte miró por encima del hombro a Shalum. Había llegado un deslizador. Apenas se posó sobre la superficie del astropuerto, quedó extendida una rampa y por ella bajó una mujer.

El rey de Mersal caminó en su dirección. Miró a la reina Yarmina, extasiado. Nunca había visto una mujer tan bella, de

cuerpo tan perfecto. El traje liviano silueteaba unas formas capaces de enloquecer a cualquier hombre.

—Majestad —dijo Yarmina inclinando la cabeza—. Es una sorpresa muy grata tu llegada.

El la cogió del brazo y se dirigieron hacia el vehículo. Antes de entrar, dijo:

—De pronto me he arrepentido de algo.

Ella le miró extrañada.

—¿De qué?

—Invité esta noche a nuestra residencia al líder Shalum —soltó una risa corta y hueca—. Espero que no se quede mucho tiempo.

—¿Para qué?

Impulsivamente, Caronte besó a la reina en la mejilla.

—Para estar contigo a solas. Estás encantadora, querida.

Y Caronte siguió riéndose interiormente cuando cedió el paso a Yarmina al interior del vehículo.

CAPÍTULO VI

Carente ahogó el último jadeo de Yarmina con un beso y se apartó de ella. Quedó a su lado, mirándola de soslayo. La única luz de la habitación, procedente de una lámpara de tono rojo y aromática, teñía de sangre sus cuerpos desnudos.

—¿Quién eres? —preguntó Yarmina sin mirarle, con los ojos fijos en la gran araña que colgaba del techo, apagadas sus ascuas de fuego desde hacía media hora.

El falso rey no se inmutó.

—Me has hecho el amor de una forma que debiste pensar que yo acabaría adivinando que no eres Otón.

—Has esperado a que terminara para decírmelo —sonrió Carente—. ¿Por qué?

Ella no respondió y él añadió:

—No he tenido que esforzarme mucho para hacerte comprender que soy un usurpador, ¿verdad?

—Así es.

—Otón es un cretino.

—¿Quieres insinuar que vive?

—Es una manera de hablar. ¿Si digo que era un cretino te echarás a llorar?

—Tal vez. Mi relación con Otón siempre se limitó a un formalismo. Nos necesitábamos mutuamente… en el aspecto político. Jamás hubo amor entre nosotros.

Caronte se sentó en la cama.

—¡Vaya información me dieron! Creí que de vez en cuando el rey accedía a darte un poco de placer.

—No digas tonterías. Jamás hemos dormido juntos.

—Entonces sabías que yo no soy Otón desde el primer momento —sonrió Caronte—. ¿Por qué no me has delatado?

—¿Cómo probar mi sospecha inicial?
—Pero ahora ya estás segura.
—Sí. Quiero que me expliques quién eres y qué te propones.
Caronte saltó de la cama y encendió un cigarro. Tomó asiento y desde allí siguió admirando el cuerpo de la reina que poco antes había tenido entré sus brazos.
—¿Por qué se casó Otón contigo? No cabe duda de que su inclinación sexual es totalmente opuesta a la mía, por ejemplo.
—Hace dos años le aconsejaron que se desposara conmigo para sofocar las protestas de los walunitas. Yo sabía lo que me esperaba, pero accedí porque tenía un plan.
—¿Puedes confiármelo?
En aquel momento se abrió de golpe la puerta del balcón y dos figuras negras irrumpieron en el dormitorio. Caronte se revolvió y vio brillar dos armas de afilado acero. Durante dos segundos permaneció paralizado, pero reaccionó velozmente. Agarró la silla donde había estado sentado y con ella paró el golpe inicial. La hoja de vibrante metal silbó cuando se clavó en la madera del respaldar. El otro intruso se dirigía hacia la cama donde la reina lanzó un grito corto y lleno de miedo.
Caronte olvidó al primer asesino y saltó sobre las espaldas del que amenazaba a Yarmina. Le agarró el cuello y sin pensarlo dos veces se lo rompió. Escuchó un roce detrás de él y giró sobre sus talones. Ofreció como escudo al muerto. El acero se hundió en el cuerpo sin vida y Caronte sintió el pinchazo de la aguda % punta en su propio pecho.
Antes de que la espada vibrante fuera retirada, Caronte lanzó un puntapié contra el bajo vientre del enemigo. Escuchó un grito ronco y vio a su contrincante hincar la rodilla en el suelo. El cuerpo del agresor muerto lo tiró a un lado con la espada todavía ensartada.
Cogió de nuevo la silla y la estrelló contra la cabeza del golpeado. El cráneo emitió un chasquido y un reguero de sangre resbaló por la frente.
Jadeando se sentó en el borde de la cama. Miró a la reina y le sonrió, tranquilizándola.
—Lamento haber dejado el dormitorio en tan mal estado.
Anduvo hasta la puerta y llamó a la guardia a gritos. Cuando acudió el retén al mando de un oficial, le dijo con indiferencia:

—Llevaos esta carroña y doblad la guardia en el jardín.

El capitán miró perplejo a los dos cadáveres. Reaccionó aturulladamente y ordenó a los soldados que actuasen.

—Señor, yo… —empezó diciendo el oficial. No siguió porque no encontró palabras adecuadas y temió expresar una tontería.

—Está bien. No ha sido culpa suya, capitán. No diga nada al mariscal Vhishian hasta mañana.

Se marcharon los soldados y Caronte cerró la puerta. Al volverse vio que la reina, oculta tras el embozo de la sábana, reía.

—¿Qué te hace gracia? —preguntó.

—No te has puesto nada encima.

Caronte se dio cuenta de que estaba desnudo. Soltó una carcajada y saltó a la cama. Tomó a la mujer y la estrechó con fuerza. Empezó a besarla y ella lo apartó con suavidad pero decidida.

—Estás bajo las órdenes del Duque de Karr.

—Esa no es una pregunta, sino una afirmación. Tienes razón. Soy un ex presidiario que para salvar el pellejo acepté que me cambiaran mi bello rostro por el de maricón de tu marido.

—Cada cual es libre de hacer lo que apetezca. Yo nunca censuré su forma de ser. Por el contrario me complacía porque él nunca me agradó como compañero de cama.

—¿Qué motivos tuvo Otón para desposarse con una mujer? ¿Por qué no lo hizo con un hombre? Las leyes de Mersal lo hubieran permitido.

—Eso habría escandalizado a la sociedad de Walun. Quienes propusieron la alianza matrimonial y yo queríamos llevar a cabo Ja boda.

—¿Para qué?

—Para estar cerca de Otón y controlarlo.

—¿Cómo?

—Fue un proceso que comenzó desde el primer día. Lentamente fui dominando su voluntad, le hice cambiar de pensamiento, hasta el extremo de que empezó a romper con la Tierra y a insinuar que vería con buenos ojos la evacuación de las tropas mersalianas de Walun.

Caronte insinuó una sonrisa de admiración.

—Eso ni siquiera lo ha sospechado Homulko.

—Dime, Otón o quien seas, ¿por qué estás traicionando a tu amo?

Caronte se puso serio. Con malestar replicó:.

—Yo no tengo amo. Averigüé que Homulko tiene pensado eliminarme apenas termine la misión. Yo he pasado diez horribles años en el penal de Tingani por culpa de la Superioridad y pienso vengarme. Haré daño a la Tierra.

—¿Haciendo que pierda las riquezas de Walun?

—Entre otras cosas. La humillaré a la vista de toda la galaxia. Luego mataré a Homulko.

—La Superioridad te perseguirá siempre. No habrá un rincón de la galaxia donde puedas esconderte.

—No tengo miedo a nadie. Yarmina, debes confiar en mí. Yo confiaré en ti.

Ella se incorporó de la cama y paseó, por la habitación sumida en el resplandor rojo, su cuerpo esbelto. Tomó un ligero camisón y lo deslizó por encima de los hombros.

—¿Qué has hecho con Otón?

—Homulko quería despedazarlo y echar por un sumidero sus restos. Yo lo impedí. Aunque...

—Sigue.

—Para que Homulko no sospechara nada maté a un criado, le corté la cabeza.

—No te detienes ante nada.

—Lo siento. Donde viví los últimos diez años la vida de un ser humano no vale nada. Es lo que aprendí en Tingani. De todas formas no me gustó sacrificar a un inocente; pero necesitaba mantener con vida a Otón.

—¿Dónde está?

—Escondido. Recibió una descarga paralizante que le disparó Homulko y así estará durante una semana —sonrió—. Espero que nadie lo encuentre mientras estoy aquí. No tuve tiempo de buscar un hueco más seguro.

—Estás jugando con fuego.

—¿Y qué me dices de ti? —rió Caronte—. Si alguno te llega a descubrir en la corte que has estado convirtiendo a Otón en un pelele tu cabeza terminará clavada en una pica.

—Nada de eso. Sin levantar sospechas he estado apartando a los

cortesanos adictos a la alianza con la Tierra y esclavizar a mi pueblo.

—¿Qué piensas del Mariscal Vhishian?

—Es un militar de la vieja escuela; con eso te lo digo todo. No te fíes de él.

—Parece querer la paz.

—Quiere conservar la vida, los privilegios. En una guerra puede morir hasta un Mariscal. Presidir desfiles y planificar espectaculares maniobras es más divertido. Vhishian sabe que si estalla el conflicto puede perecer dentro de un crucero o ser derribado de su cargo si lo pierde.

—¿Cómo te llamas?

—Siempre me han llamado Caronte. ¿Quién crees que ha enviado esos asesinos esta noche?

—Si hubieran vivido... Muertos no podemos interrogarlos. ¿Quién sabe? En Walun hay grupos de fanáticos a ultranza. No queremos contactos con ellos. Son molestos y peligrosos. También puede ser que Homulko los haya contratado.

—¿Por qué?

—Si lo dejaste en Burmesal algo furioso puede haber pasado por su cabeza que te estás desmarcando —sonrió encantadoramente—. No se creerá que sólo has venido hasta aquí para acostarte con la reina.

—Puedo engañarle. Le diré que he inspeccionado las bases mersalianas y que puede solicitar la ayuda de la flota terrestre.

—¿Estás loco? Si esas naves llegan no tendremos ninguna posibilidad.

—Tardarían unos días. Mientras tanto quiero que se incremente la importación de armas. Yo dispondré que en las bases queden suficientes pertrechos para vosotros cuando las tropas de Mersal evacuen.

—No sé qué te propones, pero te mereces esto —Yarmina se inclinó y lo besó.

* * *

A la mañana siguiente, el líder nativo Shalum pidió ver al rey de Mersal. Caronte lo recibió en seguida y el anciano le expresó su condolencia por el atentado de la noche anterior.

—Las noticias corren de prisa en este planeta —sonrió Caronte.

Ahogó un falso bostezo y se miró las uñas.

—Quiero asegurarle, Majestad, que repudiamos 4a acción. Sabemos que los hombres eran walunitas, pero cualquiera puede contratar a dos miserables por algún dinero.

—Por supuesto. No se preocupe, Shalum; yo he decidido olvidar ese penoso incidente.

—Pensar que apenas unas horas después que su Majestad me asegurara que el proceso de desmantelamiento de las bases no va a ser detenido... Si le hubieran matado, señor... No quiero pensarlo.

Caronte miró al viejo. El líder debía lamentarlo porque temía que con la desaparición del voluble rey de Mersal los planes de evacuación sufrirían una súbita paralización. Al muy sinvergüenza debía importarle muy poco que el magnicidio se hubiera consumado, pensó algo molesto.

—¿Por qué no nos acompaña a visitar las bases, Shalufn?

El líder lo miró asombrado.

—¿Lo cree conveniente?

—Desde luego. Así todo el mundo estará seguro de que el Consejo de Walun confía en mi palabra.

—¿Anunciará la fecha de la retirada de sus tropas?

Caronte movió la mano con la pretensión de expresar algo vago.

—No precisamente. Diré que será pronto. No quiero comprometerme a un plazo fijo. Cuando vuelva a Mersal lo dispondré todo con el Mariscal Vhishian para que sea lo antes posible, supongo que en unas dos o tres semanas.

Apareció la reina y el viejo la saludó con emoción. Era su compatriota. Por la forma con que ambos se miraron y hablaron, Caronte comprendió que el consejero Shalum estaba al tanto de las intrigas de Yarmina, de sus acciones para condicionar la mente de Otón. Había pedido a la reina que no dijera nada a nadie respecto a su verdadera identidad. Confiaba en que ella cumpliera con su palabra.

En la principal base militar de Mersal, a unos cientos de kilómetros de la ciudad, Otón III pasó revista a los regimientos y flotas de combate. Captó que entre la oficialidad no existía mucho deseo de abandonar el planeta, mientras que la tropa, soldados reclutados forzosamente, la salida de Walun se esperaba con impaciencia.

Después de presenciar diversos ejercicios tácticos, Caronte dirigió una corta arenga a la guarnición. Usó términos vagos y en realidad se limitó a insinuar que los intereses de Mersal exigían una disminución en el gasto militar y al mismo tiempo aludió a los sagrados deberes de su estancia allí para asegurar la paz. Luego habló de que cada cual cargara con la responsabilidad que le correspondía y todos debieron pensar que se refería a las compañías mineras terrestres que explotaban las concesiones. Los representantes de éstas se movieron inquietos, sin saber a qué carta quedarse. El discurso del monarca los había dejado confundidos.

Era lo que quería Caronte. Sorteó hábilmente las preguntas de los oficiales partidarios de conservar los enclaves de Walun. También hizo lo mismo con los convencidos de que lo más sensato era largarse de allí cuanto antes y que la Tierra se la compusiera como pudiera con los difíciles dirigentes nativos.

Todavía tuvo Caronte que visitar más instalaciones militares, aunque de menos importancia. Al día siguiente, agotado, ordenó el regreso a Mersal. La reina Yarmina interrumpió su descanso en su planeta natal y asombró a todos cuando dijo que también viajaría con su esposo.

Aunque poseían aposentos separados, por las noches era ella quien acudía al lecho de Caronte. Durante el último periodo nocturno antes de arribar a Mersal, ella le dijo después de haberse hecho el amor con la misma pasión de siempre:

—Shalum me confirmó antes de partir que en breve el ejército de Walun dispondrá de las armas suficientes.

—¿Quién las proporciona?

—En la galaxia hay cientos de mundos que odian a la Superioridad y con gusto nos las suministran a buen precio. Las arcas locales están quedando vacías, pero esperamos que cuando seamos libres y podamos explotar nuestras riquezas nos recuperemos.

—Dime, cariño, ¿qué tenías pensado hacer cuando esto acabara? Quiero decir si hubieras abandonado a ese mequetrefe que has estado idiotizando.

—¡Claro que sí! Al día siguiente de que Walun consiguiera su libertad me habría marchado de su lado.

—¿Y ahora? ¿Qué piensas hacer?

Ella frunció el ceño.

—No lo sé. Con tu intervención todo ha cambiado. Bueno, al menos ya no pienso igual. ¿Sabes que podríamos seguir reinando en Mersal? Incluso en los dos mundos, formar una federación.

Caronte le acarició la cara, sonrió y dijo:

—Ya lo decidiremos más adelante.

—Si quieres seguir ocupando el lugar de Otón tendrás que matar al auténtico.

—Y también a Homulko para que no hable.

—Debes deshacerte de Otón apenas lleguemos.

Caronte asintió.

—Creo que es lo más sensato. Su presencia podría comprometernos.

—¿Por qué no lo despedazaste?

—Entonces pensé en conservarlo con vida porque no podía imaginarme que su adorada esposa lo estuviera convirtiendo en un pelele. En aquél momento consideré como genial la posibilidad de arrojarlo a la corte cuando todo hubiera concluido, para reírme de Mersal, Walun y poner en ridículo a Homulko antes de matarlo.

—Espero que no pienses en marcharte al final, cariño —susurró Yarmina cayendo entre los brazos de Caronte.

—¡Ni loco, preciosa!

CAPÍTULO VII

—He leído cien veces tus discursos pronunciados en Walun y no sé si pensar que estás loco o…

La ira había teñido de rojo el rostro de Homulko. Su mano derecha agitaba delante de las narices de Caronte un papel, quien lo miró impasible.

—Es una copia de todas las sandeces que has pronunciado —gritó el Duque—. ¿Qué te propones? ¿Acaso has olvidado que yo debo decirte todo cuanto debes hacer?

Con calma, el falso rey dio unos pasos y se acomodó en un sillón cerca de una balconada.

—Si te vieran constantemente a mi lado podrían sospechar que tú, un enviado de la Superioridad, estás influyendo en mí. No se puede cambiar de pronto la política adoptada por Otón estos dos últimos años.

—Eso lo sé. —De pronto Homulko frunció el ceño—. Es curioso que Otón empezara a cambiar a raíz de su boda con esa maldita mersaliana.

—Te aseguro que ella es fría como un témpano.

—¿Te fuiste a la cama con Yarmina?

—La última noche que estuve en Walun. Fue decepcionante, como fornicar con un robot. Y es una lástima porque posee un cuerpo espléndido.

—Dijiste un montón de contradicciones en tus discursos.

—Era lo más conveniente. Ahora todo el mundo cree que estoy de acuerdo con sus deseos particulares. Mientras tanto, puedes enviar un mensaje a la Tierra pidiendo el envío de la flota.

—¿Qué estás diciendo? Aún tenemos muchas cosas que hacer…

—La flota necesitará una semana para llegar a este sistema planetario. Apenas la avistemos yo proclamaré que las fuerzas de

ocupación mersaliana en Walun procederán a una retirada estratégica. Apenas se hayan desocupado las bases, los mercenarios de la Superioridad pueden intervenir con el permiso regio.

—¿Por qué hacer eso? Yo había pensado que el ejército de Mersal combatiera al lado de las fuerzas de la Superioridad.

—Nada de eso. Ese hatajo de soldados de fortuna que tenéis bastarán y sobrarán para aniquilar el ejército walunita, mal armado y peor dirigido. Piensa que mis oficiales verán con agrado que otros luchen por ellos. Cuando todo acabe ordenaré que vuelvan a ocupar las bases, les subiré la paga y nadie se atreverá a lanzar una mínima protesta.

Homulko tomó una silla y se sentó de golpe. Caronte se sonrió ante su expresión de estupor.

—Muchacho, me estás sorprendiendo. Jamás imaginé que tuvieras semejante capacidad de estratega militar y político maquiavélico.

—Espero que a cambio de mis ideas aumentes la recompensa.

—Primero déjame que repase tu plan. No quiero fallos. Inicialmente me parece estupendo. Creo que lo aceptaré.

—Me temo que no te queda otra alternativa.

—¿Por qué lo haces?

—No te entiendo...

—Quiero decir: ¿Por qué intervienes sin necesidad?

—Me divierto.

—Muy bien, pero ten cuidado, Caronte, no juegues con fuego. Podrías acabar peor que cavando una mina de Tingani.

Caronte alzó bruscamente la cabeza y miró a Homulko con odio. El Duque sintió miedo y retrocedió un paso, sorprendido ante la reacción del otro. Despacio, escuchó qué le decía:

—No vuelvas a mencionarme ese mundo, Homulko. Antes prefiero que me vueles la cabeza de un disparo que volver allí.

Entrecortadamente, Homulko replicó:

—No será necesario, amigo mío. Todo saldrá bien. Tu tendrás tu libertad, el aspecto que desees y mucho dinero para gastar durante el resto de tu vida.

—Eso espero.

* * *

Ante la corte indolente y abúlica, Caronte tuvo que mantenerse

distanciado de la reina, llegar incluso a ignorar su presencia cuando ambos asistían a algún acto oficial.

Entre bailes y cacerías que organizaba en honor del Duque de Karr, fueron pasando los días.

Por las noches, Caronte acudía al dormitorio de la reina. Se sentía como un ladrón furtivo o un amante esperado con ansia y le excitaba el riesgo aparente de ser descubierto por algún sirviente, esclavo o cortesano.

Allí le esperaba Yarmina, con licores fríos y una pasión más ardiente cada noche.

Después de hacer el amor se sentaban en la terraza, bebían y hablaban. El diálogo empezaba sereno y solía terminar Heno de excitación cuando tocaban el tema de la trama que ambos compartían.

—Shalum me ha enviado noticias —dijo Yarmina.

—Tu servicio de información debe ser muy eficiente.

—Lo es. Dice que dentro de dos días descenderán cien naves de guerra en una zona desértica. Poseen armas en todos los lugares estratégicos.

—Magnífico. Homulko me ha confiado que la flota de la Superioridad se aproxima. Llegará dentro de dos días, como muy tarde.

—¿Cuándo anunciarás la evacuación de las bases?

—Mañana si es preciso. Sólo espero la confirmación de Homulko de que los mercenarios están dispuestos a atacar Walun —Caronte sonrió—. Se llevarán una desagradable sorpresa cuando comprueben que no tendrán delante un ejército mal preparado, y, por el contrario, unas tropas muy superiores.

—¿Te has deshecho de Otón?

Caronte se llevó una copa a los labios. Bebió un poco y dijo:

—Sí. Ayer me puse perdido de sangre. No tenía el material que introduje en el palacio bajo la apariencia de secretario Jamilson y tuve que usar un cuchillo. Afortunadamente el desintegrador del sumidero funcionó correctamente.

Yarmina lanzó un suspiró.

—¿Qué te pasa? —preguntó Caronte.

—Lamento que ese mequetrefe haya desaparecido por donde corre la mierda. No era una mala persona.

—De pronto, Yarmina empezó a sonreír—. Por cierto, sus amíguitos deben estar molestos porque tú no los llamas a tu cuarto desde hace mucho tiempo.

—¿Qué estás pensando?

—Que deberías sacrificarte un poco más por nuestra causa.

—¿Llamando a uno de esos efebos y...?

—Más o menos.

—No te preocupes. Hace unos días corrí la voz de que me caí del caballo y tengo dificultades al sentarme.

La mujer soltó una carcajada. De los árboles cercanos despertaron los pájaros, y levantaron el vuelo.

* * *

Antes del amanecer, Caronte salió sigilosamente de los aposentos de la reina y anduvo por los desiertos corredores. Sabía por dónde debía caminar para no encontrarse con la guardia. Tomó el codificador y abrió la puerta. Entró y encendió las luces de su dormitorio. Estaba muerto de sueño y de buena gana se hubiera quedado con Yarmina. Pero era más aconsejable que los criados le vieran durmiendo en su cama.

Caronte parpadeó al verla ocupada. Era un muchacho y el resplandor de las luces le despertó y quedó sentado, deslumhrado.

—¿Qué haces aquí?

—Hola —saludó con una sonrisa somnolienta.

—Te he preguntado qué estás haciendo.

—¿A qué viene esto ahora? Ya está bien que me hayas olvidado, ¿no? Me parece de muy mal gusto que encima de haberme llamado esta noche no estés aquí y ahora te muestres sorprendida.

—Maldito seas. Yo no te he llamada

El jovenzuelo no tenía muy buen aspecto. El maquillaje de su cara se había estropeado con el roce de las sábanas y su fina piel aparecía algo ajada. Se cimbreó al bajar del lecho y caminó como una damisela sobre la alfombra.

—Vamos, encantó, no te enfades conmigo. Tomaremos unas copas y en seguida nos encontraremos estupendamente. ¿Tienes algo para aspirar?

—¿Quién te ha mandado? —preguntó Caronte imaginándose que en aquel momento Yarmina estaría riéndose a mandíbula batiente.

—¿Qué te pasa?

—Ven —le pidió Caronte.

El muchacho acudió con diligencia. El hombre lo agarró por un brazo y lo llevó hasta cerca de la puerta, la abrió y le pidió que se volviera.

Cuando el joven le mostró el trasero, Caronte le propinó una fuerte patada y lo lanzó al pasillo. Empezó a escuchar los lamentos y cerró la puerta de golpe.

Al volverse se encontró con la divertida expresión de Homulko. El Duque acabó riendo y casi se le saltaron las lágrimas.

—No podía imaginarme que fueras tú el bromista —gruñó Caronte.

—Has sido demasiado duro con ese chico.

—Debiera hacer lo mismo contigo.

—Vamos, acepta una broma.

Caronte se sirvió una copa y esperó a que Homulko eligiera un licor.

—Estás desconocido. Te encuentro muy contento. ¿A qué es debido?

—Hace unas horas recibí tan buenas noticias que decidí llamar a ese tipo que arrojaste a patadas y le dije que tú le esperabas. ¿Sabes que se puso muy contento? Debe querer mucho al rey, bueno, al auténtico.

—hora lo aborrecerá.

—¿Dónde estabas?

—Tenía una cita con uña dama de la corte.

—Ten cuidado. Te estás propasando, demostrando demasiada virilidad.

—Ya queda, muy poco tiempo, ¿no?

—Efectivamente. ¿Sabes qué ha ocurrido?

—Dímelo.

—Una parte de la flota de la Superioridad ha interceptado un cargamento de armas para los walunitas. Creo que se han capturado más de cincuenta cruceros.

Caronte palideció y volvió la cara para que Homulko no descubriera su consternación.

—Mañana mismo debes ordenar la evacuación —añadió el Duque.

—¿No es muy precipitado?

—Nada de eso. No les daremos tiempo para que reaccionen. Unas horas más tarde atacarán los mercenarios. Más o menos sabemos dónde tienen concentradas sus fuerzas. Ellos tal vez esperen algo, pero nada en concreto. Será una sorpresa total.

—Sin duda.

Pensó en las posibles consecuencias. Las tropas de Walun iban a encontrarse en inferioridad numérica. Todo el plan podía venirse abajo. Reprimió sus deseos de golpear a Homulko. En cierto modo había sido engañado por él, porque debía saber que las fuerzas de la Superioridad iban a llegar antes de lo previsto y podían interceptar el último envío de armamento. Sin embargo, no le confió nada. ¿Por qué? ¿Acaso recelaba de su fidelidad?

—Pronto habrá terminado todo, Caronte —dijo Homulko vaciando la copa de un trago.

—Me alegro. Estoy deseando largarme de aquí.

—Ambos compartimos el mismo deseo.

* * *

Horas después, Homulko se disponía a acudir al salón del trono, desde el cual el rey Otón iba a dirigir a sus súbditos un mensaje.

Estaba terminando de ajustarse el fajín cuando escuchó la llamada insistente de la puerta. Desde allí apretó el botón para abrirla.

Por el reflejo vio que entraba el Mariscal Vhishian. Vestía el aparatoso uniforme de gala y el Duque pensó, divertido, que le estaba un poco estrecho.

—Hola, Vhishian. No recuerdo haberte llamado.

—Acabo de leer el discurso del monarca y pensé que te interesaría saber su contenido antes de escucharlo de labios de Otón.

—¿Quién se lo ha escrito?

—No lo sé, la verdad. Generalmente se encarga un tipo que previamente me lo entrega para que dé mi visto bueno.

—¿Cómo ha llegado a ti entonces?

—Un criado adicto a mí sacó una copia.

—¿Qué va a decir Otón?

—En medio de muchas tonterías va a admitir que hasta ayer mismo estaba decidido a ordenar la evacuación de las tropas

mersalianas de Walun, pero que ha cambiado de opinión porque le han asegurado que una flota de la Superioridad de aproxima, lo que es ignominioso para nuestra patria. Por lo tanto, postergará la decisión hasta comprobar como las naves de los mercenarios de la Tierra, ante la actitud real, opten por retirarse.

—No está mal —sonrió Homulko. Aunque él sólo había dado unos consejos a Caronte, debía admitir que éste sabía hacer las cosas.

—En el discurso, el rey me pedirá que yo me ponga al frente de la guarnición de Mersal en Walun, y si es preciso que ataque a los terrestres si éstos se atreven a profanar nuestro espacio.

—Es lógico que tú, el máximo jefe de los ejércitos, estés al frente de los que afrontarán el peligro. ¿No te ha dicho nada el rey respecto a lo que debes hacer?

—Hace unas horas, antes de que me hiciera con una copia del discurso, me aconsejó que si no había otra alternativa me pusiera a las órdenes del jefe de la flota de la Superioridad para aplastar a los rebeldes.

Homulko se volvió y contempló al abrumado Mariscal.

—Eso está bien, ¿no? ¿Por qué tu gesto sombrío?

—Creí que se me mantendría al margen de todo, señor. Yo he simulado estos últimos meses ante el rey que soy pacifista.

—Lo que eres es un cobarde, maldito seas —gruñó Homulko—. Quieres honores y riquezas pero no arriesgar el pellejo, que mueran los demás por ti.

Vishian enrojeció. Sofocado, dijo:

—Usted me aseguró que cuando acabara todo el rey moriría a manos de la chusma y yo sería proclamado monarca. Contaría con la protección de la Superioridad y…

—Y será así, pero debes ir a Walun y esperar. Para acallar a los descontentos que surgirán en Mersal cuando vean que su rey es un mentiroso que jamás pensó cumplir con su palabra de paz, deberás tener a tu lado los que son partidarios de la guerra. Si haces méritos te respetarán más. También, la Superioridad. Ellos quieren tener a hombres fuertes y decididos al frente de los mundos que controlan por medio de títeres como lo serás tú.

El Mariscal tragó saliva y asintió.

—Está bien. Apenas comience el rey a decir su discurso partiré

hacia Walun.

—Espera al menos a que acabe. Debes estar presente para aplaudirle.

—¿Y la reina?

—Esa ramera morirá a mis manos después de que me revuelque con ella una noche. Es demasiado hermosa para no hacerlo antes de matarla.

—Debe odiarla mucho, señor.

—Desde luego. Ella movió los resortes para casarse con Otón, dragarle y convertirlo en un muñeco. Gracias a mí he contrarrestado su influencia y en los pocos días que llevo aquí, Otón vuelve a ser el de siempre. Pero su cambio no le salvará la vida. Debe morir porque ha demostrado que no es de fiar.

El Mariscal sonrió más complacido y Homulko terminó de ajustarse el fajín. Vhishian no le complacía demasiado, pero sería mejor colaborador de la Superioridad que otro. Era un ambicioso y también un cobarde. Aunque no quería que muriese en la batalla, al menos se alegraría si pasaba algo de miedo. Vhishian no iba a correr ningún riesgo porque todo acabaría demasiado pronto. Los levantiscos walunitas no tenían nada que hacer. Se volvió y preguntó al militar:

—¿Qué esperas? Debes ir al salón del trono.

—Señor, creo que debería conocer los lugares donde aparecerán las naves de la Superioridad…

—¿Para qué? Tú debes aguardar en la base principal. Ellos te llamarán en el momento oportuno.

—Prefiero saberlo para no demorar la intervención de mis tropas. Mientras que los cruceros vuelan puedo disponer a las brigadas de superficie para qué ocupen las posiciones más valiosas.

—Antes de marcharte busca al comandante de mi nave «Averno». La contraseña es «Infierno». Te dará un registro con las coordenadas que yo mismo he sugerido al mando de la Superioridad. Dentro de cuarenta horas se producirá el ataque.

—Antes de treinta yo estaré dispuesto, señor.

Saludó militarmente y algo engreído se marchó del cuarto de Homulko, quien tuvo que reprimir sus deseos de echarle a las espaldas una divertida risa.

Unos minutos después, muy contento, Homulko se dirigió al

salón del trono.

CAPÍTULO VIII

El discurso del rey Otón III fue más breve de lo que había pensado Homulko. Sin duda lo había recortado. Pero no había omitido lo importante. El anuncio de que las fuerzas permanecerían en Walun sólo para garantizar que la Superioridad no iba a inmiscuirse en los asuntos internos del sistema planetario dominado por Mersal, enardeció el orgullo de los inútiles cortesanos. Se escuchó una salva de aplausos, prolongada y calurosa.

Entre vítores, Otón abandonó el salón y Homulko intentó seguirle pero la multitud se lo impidió. Por un momento creyó ver al mariscal Vhishian marcharse por un corredor, seguido por sus ayudantes. Aunque lo llamó, el jefe de las fuerzas mersalianas no le escuchó en medio de aquel jaleo y desapareció rápidamente.

Cuando en el palacio se calmaron los ánimos y en las ciudades de Mersal debía comentarse el discurso del rey escuchado por los vídeos, Homulko se acercó a las habitaciones reales. Encontró más guardias que nunca y se enfrentó con un testarudo oficial que le impidió el paso.

De nada le valieron sus insistencias para ver al rey. Homulko alegó su condición de ciudadano de honor del reino y su amistad personal con Otón. Fue inútil.

El oficial tenía órdenes expresas del monarca de que nadie le molestara, ni siquiera su esposa.

—¿Dónde está la reina?

A la pregunta del Duque, el oficial lo remitió al chambelán.

De mala gana, Homulko buscó al viejo y le manifestó su deseo de entrevistarse con Yarmina.

El chambelán no disimuló su hostilidad hacia el Duque. Casi sin mirarle, respondió:

—La reina acaba de salir del palacio. Ha marchado a la costa.

Volverá mañana al atardecer.
—Avíseme cuando vuelva. Quiero verla.
Recibió una mirada despectiva.
—Diré a su Majestad que usted solicita una audiencia.
Y se retiró dejando lleno de rabia a Homulko.
El Duque recorrió los pasillos y se dirigió a la parte del palacio donde estaban las lanchas. Allí abordó una y ordenó al piloto que lo llevase al astropuerto.
Pocos minutos más tarde se encontraba en el «Averno». En el puente de mando, con la única compañía del comandante, liberó su malhumor.
—¿Qué noticias hay?
El comandante, de nombre Prungel y oriundo de Betelgeuse, tomó asiento a su lado, delante los dos del gran panel de mando y las pantallas visoras. Con su calma característica, corriente entre los de su raza, contestó:
—Dentro de unas horas saldrán las naves de la Superioridad del hiperespacio. Poco después se pondrán de acuerdo con las fuerzas mersalianas en Walun y atacarán al unísono las concentraciones rebeldes.
Homulko se mordió los labios. Con aire ausente, dijo:
—Estoy preocupado. El rey se ha esfumado y la reina, de pronto, ha sentido un gran interés por largarse a la costa. Además, no estoy muy seguro de la competencia del Mariscal.
—Dentro de poco saldremos de dudas, señor.
—Sí, dentro de poco. Tengo que preguntarle algunas cosas a la reina.
—Ella no contestará lo que usted quiere saber.
El Duque desenfundó su daga vibrante. La contempló y sonrió:
—Para cuando me haga el honor de concederme la audiencia todo estará a punto de concluir y sentiré mucho placer en hundirle esto entre sus lindos pechos.

* * *

El Mariscal Vhishian caminó delante del grupo de jefes y oficiales. Los fue mirando de soslayo mientras ascendía por los escalones hasta el atrio donde le esperaban los micrófonos. Esperó a que llegaran los miembros de su escolta personal, los fieles guardianes reales, fanáticos soldados que darían la vida por él sin

dudarlo un solo segundo.

Había notado en los mandos cierto desprecio hacia él. Sabía que las opiniones estaban divididas entre los partidarios que deseaban quedarse y sofocar a los rebeldes y los que deseaban acabar con la molesta alianza que mantenía Mersal con la Tierra. Estos últimos harían cualquier cosa con tal de ver culminados sus apetencias.

El Mariscal hizo un gesto oculto al capitán de su guardia y se inclinó sobre los micrófonos. Esperó a que la luz roja de la cámara se encendiera. Cuando así ocurrió supo que en todas las bases mersalianas le estaban viendo. Miles de soldados se mantenían expectantes y llenos de curiosidad.

—Soldados de Mersal, he venido a Walun para de una vez por todas acabar con el estado de incertidumbres que nos agobia —dijo con voz tonante.

Quienes creían conocer al timorato Mariscal fruncieron el ceño, llenos de asombro.

—Soy portador de un mensaje personal de nuestro rey Otón III. Si ayer en Mersal nuestro amado monarca no fue muy preciso en su discurso, debo advertiros que lo hizo así para no espantar a los cobardes que siempre han existido, incluso en nuestro glorioso ejército.

Hizo una breve pausa, sólo para observar cómo su guardia personal se movía sutilmente por entre los oficiales y jefes que le escuchaban atónitos, sin comprender aún dónde quería ir a parar su superior.

—¡Es hoja de acabar con el humillante pacto que nos ata con la Superioridad! Hace meses, Otón proclamó que Walun debía ser nuestro aliado, no nuestro protectorado: Si queremos que nuestro planeta sea libre también debe serlo Walun. Ahora, en estos momentos, la flota de mercenarios de la Tierra se acerca a este mundo con el propósito de aplastar a los patriotas nativos; ellos no son nuestros enemigos, sino nuestros hermanos. Con ellos debemos cerrar filas contra la explotación de la Superioridad. ¡Soldados de Mersal, luchemos contra el enemigo común! ¡Viva Mersal, viva Walun y vivan nuestros reyes!

Todavía no habían empezado los atronadores hurras, emitidos por la mayoría de los oficiales y jefes, cuando los guardias reales inmovilizaban a los que llenos de estupor permanecieron callados.

Eran los partidarios de la alianza con la Tierra, los enemigos de Walun y de la política actual de Otón.

Mientras los guardias sacaban a rastras a los asombrados jefes y oficiales contrarios al Mariscal, éste pidió silencio y añadió:

—Ahora vamos a combatir. A cada general y jefe de unidad se le entregarán las coordenadas, los sitios exactos por donde atacarán los mercenarios. En estos momentos los patriotas de Walun están abriendo mis instrucciones, refrendadas por Otón III, y se aprestan a empuñar las armas y a batirse a nuestro lado. ¡Adelante!

El Mariscal sólo se quedó con algunos generales, impartiéndoles las últimas instrucciones. En ese momento se acercó un ordenanza y le dijo que tenía una llamada personal.

A solas en una cabina llena de interferencias, Vhishian miró el rostro que mostraba la pantalla. Era el líder Shalum.

—¿Podemos confiar, Mariscal?

—Desde luego. Obedezco al rey.

El líder no parecía muy convencido.

—Espero que no se oculte una trampa detrás de todo esto.

—No la habrá.

—Me gustaría verle en seguida, cara a cara. ¿Quiere combatir a mi lado?

—Me gustaría, pero debo regresar cuanto antes a Mersal.

—Eso me suena a deserción...

—Nada de eso. Si no estoy allí antes de veinte horas, la retaguardia puede provocar nuestro fracaso. He dado órdenes a mis generales para que le obedezcan a usted en todo. Pronto se dará cuenta de que obro noblemente.

—Esas coordenadas que nos ha facilitado hace poco...

—Son ciertas, las mismas que disponen mis oficiales. Si sus fuerzas y las mías actúan juntas será un juego de niños derrotar a los mercenarios.

—¿Qué gana Mersal enfrentándose a la Superioridad? —preguntó el viejo.

—La Tierra no podrá acusarnos de nada porque combatiendo a sus mercenarios nos limitaremos a defendernos. No dispondrá de argumentos para acusarnos ante la galaxia. Por el contrario, tendrá que callarse porque en caso contrario seria acusada de agresora contra un aliado que se limitó a defender los pactos con un planeta

bajo su protección, al qué, precisamente, quería otorgar la plena libertad.

—Sigue sin decirme qué más ganará la Tierra. Tiene que haber algún interés crematístico.

—Oh, claro que lo hay —sonrió el Mariscal. Su Majestad me ha autorizado a decirle que Mersal apoyará económicamente a Walun en la explotación de los yacimientos que ahora están bajo la autoridad de las compañías terrestres. Esos minerales encontrarán mercado con facilidad en la galaxia y docenas de estados estelares se sentirán muy contentos comprándolos a nosotros sin que estén por medio los revendedores terrestres.

—¿Una sociedad mixta?

—Totalmente. Los beneficios serán incalculables para los dos mundos.

—¿Qué más hay?

—Digamos que la reina Yarmina cuenta con muchas simpatías en Mersal, muchas más que su esposo.

—¿Pese a la fama de frígida que le están colgando últimamente?

—Ese defecto puede ser corregido con… un cambio de marido.

Los ojos del viejo se abrieron desmesuradamente.

—¿Profetiza la muerte de Otón?

—Oh, no. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir? Digamos que nuestro amado Otón puede, al fin, encontrarse con su verdadera personalidad y asombrar a propios y extraños dentro de poco. En fin, que yo, personalmente, propugno una federación monárquica de los dos mundos.

—Es una idea interesante. Le prometo estudiarla.

—Hágalo, aunque yo falte.

—No morirá si se retira de la batalla —respondió algo duramente el líder.

—Donde marcho correré más peligro, Shalum. Debo ayudar a Otón a expulsar del palacio a los traidores.

—Hasta pronto entonces, Mariscal. Admito que usted me ha sorprendido. Siempre pensé que era un individuo… algo vacío y ambicioso.

—Todos nos podemos equivocar, amigo —rió.

CAPÍTULO IX

Homulko bostezó y dijo al comandante Prungel:

—Debo irme. El chambelán me dijo que la reina va a recibirme dentro de veinte minutos. No es de buena educación hacer esperar a una dama, aunque sea Yarmina.

Se levantó desentumeciéndose los músculos y empezó a caminar hacia la salida. Cerca de la puerta se detuvo cuando escuchó el chirrido suave del codificador de mensajes. Regresó junto al comandante que ya estaba inclinado sobre el aparato y extraía la lámina metálica llena de agujeros.

Prungel fue leyendo los signos a medida que lo hacía su cara macilenta fue tornándose rojiza.

—Vamos, ¿qué dicen tus observadores?

El comandante se volvió para mirarlo. Tembloroso, dijo:

—Señor, nuestras naves están siendo atacadas por unidades combinadas de Walun y Mersal. Al mismo tiempo, las tropas desembarcadas sufren cuantiosas bajas porque el enemigo las estaba esperando.

—¿Qué estás diciendo? —rugió.

—Es así, señor. No sólo los mersalianos no se han unido a las fuerzas de la Superioridad, sino que se han aliado con los rebeldes y combaten hombro con hombro. Además, conocían las zonas precisas por donde debían aparecer los nuestros.

—Vhishian —murmuró el Duque.

—Señor, yo le entregué la información porque él me dijo la contraseña —se defendió el comandante—. Además, siempre pensé que el Mariscal trabajaba para usted.

—Eso creí yo, condenación —masculló el Duque—. Pero no era Vhishian quien viajó hasta Walun.

—Yo le vi subir al crucero y...

—¡No era el Mariscal!

Prungel miró perplejo a Homulko.

El Duque resopló. ¿Cómo explicar a aquel zoquete que era Caronte quien estaba en Walun? Sólo él sabía que Otón estaba siendo suplantado por un ex presidiario que poseía el poder de modificar su cuerpo y su cara en segundos, adoptando la apariencia de quien le diera la gana.

Del aparato surgió otro pliego metálico. El comandante lo leyó y dijo:

—El crucero del Mariscal acaba de aterrizar al otro lado del astropuerto, señor. Un vehículo ha partido en dirección al palacio real. Se supone que Vhishian viaja en él.

—Prungel, elige cinco hombres dispuestos a todo y ven conmigo.

—¿Al palacio real? —preguntó incrédulo. Allí no podía entrar cualquiera, y mucho menos armado. Y Prungel adivinaba que su jefe quería que todos llevaran armas.

—Sí. Conmigo nadie se atreverá a impediros entrar. Vamos, no perdamos tiempo. Tengo que encontrarme con el Mariscal sin darle tiempo para...

—¿Para qué, señor? —preguntó el comandante al ver que su jefe callaba súbitamente.

—Limítate a obedecer, Prungel. Si no actuamos con presteza puede ocurrir una catástrofe.

* * *

Cruzar ante la guardia seguido de seis hombres extranjeros obligó a Homulko a utilizar todos sus privilegios. Una vez dentro del palacio se dirigió directamente hacia las habitaciones de Otón. Para ello tuvo que matar a dos testarudos guardias que se opusieron a dejarle seguir adelante.

El Duque llevaba una pistola en la mano cuando irrumpió en el dormitorio real.

Encontró al Mariscal cuando salía lleno de Sorpresa de otro cuarto. Vhishian se detuvo sorprendido al ver al Duque. Extendió una mano y parecía que iba a decir algo cuando se escuchó un disparo.

El Mariscal retrocedió como si una fuerza enorme lo empujara hasta el fondo de la estancia. Homulko disparó de nuevo y esta vez provocó un enorme agujero en el pecho lleno de medallas de

Vhishian.

El comandante miró el humeante cadáver. No comprendía nada pero no se atrevió a decir una palabra.

—Ese traidor no volverá a jugármela: —Miró a Prungel torvamente—. Quédate aquí con los hombres. Yo te llamaré mediante el comunicador si te necesito. Por la onda sabrás donde estoy. Cuando recibas mi aviso acude en seguida, que nada ni nadie te detenga.

—Sí, señor —asintió Prungel.

Entonces, Homulko guardó su arma y se dirigió a las habitaciones de la reina.

La encontró sentada cerca de la terraza. Se peinaba el cabello y se volvió para mirarlo curiosamente.

—Duque de Karr, me sorprende que esté aquí.

—¿Por qué, Majestad?

—Dadas las circunstancias debería estar en su navío «Averno» alejándose de Mersal.

—Para decir esto debe saber lo que está pasando en Walun.

—No sólo usted dispone de fuentes rápidas de información, estimado Duque —sonrió la reina con ironía.

—¿Qué se propone?

—Todo lo contrario que usted.

—Debí pensar eso. Estoy aturdido.

—Lógico porque no podrá enfrentarse a sus superiores siendo portador de tan pésimas noticias. En un viejo imperio de la Tierra se solía ejecutar a los mensajeros que llevaban novedades nefastas.

—¿Intenta darme un consejo?

—Desintégrese la cabeza con el arma que lleva oculta.

Homulko, pálido, la empuñó y la hizo ostensible para Yarmina.

Ella soltó una carcajada.

Y el Duque palideció todavía más.

—Pero espere a estar fuera de estos aposentos. Aquí no le servirá de nada ese trasto.

Homulko no tuvo que pedir explicaciones. Sabía que existían medios para anular la energía de una pistola en una habitación acondicionada. ¿Por qué la reina tenía semejante protección mientras no la había en los aposentos del rey, como ya pudo comprobar achicharrando a Caronte bajo la personalidad del

Mariscal?

Sin embargo, Homulko apretó el gatillo. Del cañón que apuntaba al pecho de la reina no salió nada. La pistola era inservible. Lentamente, el Duque la guardó y sacó un fino hilo de metal.

—Es usted más precavida que el cerdo de su marido. ¿Sabía que quien ha estado viendo estos últimos días no es Otón?

Ella miró indiferente el hilo brillante que el hombre mantenía tenso con las dos manos.

—Claro que sí. Se llama Caronte y es un magnífico amante. ¿Cómo no iba a darme cuenta?

Homulko se acercó más y puso el hilo delante de los ojos de la mujer. Pensó que le hubiera gustado poseerla antes de matarla, pero no había tiempo. Tenía que adelantar sus proyectos respecto a la reina, una de las principales causantes de su fracaso.

—¿Qué sacará matándome, Duque? —sonrió ella—. Todo lo tiene perdido. Huya antes de que sea tarde. Si hubiera triunfado, mi muerte le habría servido de algo. Sin embargo, ahora... ¿Para qué?

—Será una íntima satisfacción para mí.

Adelantó el hilo en rápido movimiento. Estaba seguro de cerrarlo alrededor del blanco cuello de la mujer. Se equivocó. El delgadísimo metal sólo encontró el aire. Ella se había deslizado hacia atrás. La vio dar un salto inverosímil, desaparecer de su vista y luego sentirla a sus espaldas.

Se encontró rodeado por los brazos de Yarmina, sintió la presión de sus pechos, el aliento cálido de su boca muy cerca de su nuca cuando le dijo susurrante:

—Estás perdiendo reflejos a causa de tu consternación, mi muy apreciado Duque, mi liberador de Tingani.

Los suaves dedos de la mujer se transformaron en ásperos y fuertes. El dolor le hizo soltar el alambre y al volverse un poco se encontró con la cara de Caronte muy cerca de él, que le sonreía divertido.

Dejó de notar los pechos de la mujer. Quien le agarraba era tan alto como él, un hombre.

Sintió que era soltado de pronto, arrojado al suelo. Desde allí se revolvió y se encontró con la risa de Caronte.

—Era el Mariscal...

—Sí, era Vhishian el que mataste pensando que era yo.

—Entonces...

—Bajé del crucero y solté a ese sapo cuando tú entraste. Estabas tan furioso que no le diste la menor oportunidad de explicarte quien era.

Homulko miró con odio a su antagonista. La pistola no le servía en aquel cuarto, pero disponía de otros medios. Bajó la mano hasta el cinto y rozó la empuñadura de la daga vibrante. Con un gesto rápido, producto de mucho adiestramiento, arrojó el acero que silbó en el aire mientras volaba hacia el pecho de Caronte.

Pero el ex presidiario fue más rápido y eludió la daga, que acabó hundiéndose en un mueble. Allí quedó vibrando y abriéndose paso en la madera, hasta que sólo quedó su puño.

—Eres un tipo difícil para dialogar —dijo Caronte volviendo la espalda al Duque. Salió de la habitación antes de que el consternado Homulko tuviera tiempo de reaccionar.

Cuando se incorporó y pudo correr hasta la puerta, golpeó en ella los puños, furioso por encontrarla cerrada. Recuperó la daga y empezó a destrozar el cierre.

* * *

Prungel vio llegar a Homulko. Siempre le había sorprendido su jefe porque nunca pudo predecir sus reacciones. Después de verle marchar furioso, ahora lo veía regresar con una leve sonrisa en los labios, como si las cosas de pronto se hubieran arreglado.

—Señor... —empezó a decir.

—Reúne a los hombres.

—¿Nos marchamos? —preguntó con ansiedad; era lo que más deseaba.

—Tal vez.

Prungel los llamó. Cuando estuvieron todos, miró al Duque esperando las órdenes de éste.

Estuvo viendo como el enviado de la Superioridad sacaba un arma de la túnica sin comprender nada. Cuando escuchó el primer disparo todavía sin lograr una explicación, ni siquiera al ver caer destrozado al primer hombre empezó a sospechar que algo extraño ocurría.

Pero al ver como Homulko se desplazaba hacia un lado y daba cuenta de un segundo nombre, la rabia embargó a Prungel y él ya sólo vio en el Duque a un enemigo que pretendía eliminarlos a uno

detrás de otro.

—¡Matadlo! —gritó a sus hombres.

Los tripulantes, seres de escasa capacidad de raciocinio, le obedecieron. Para ellos era de mayor confianza el comandante que el noble que a veces veían en el puente de mando del «Averno».

Para Homulko, a partir de entonces, la matanza no resultó un juego. Los hombres se habían dispersado por la habitación, empezaban a sacar sus armas y buscaban parapetos detrás de los sólidos muebles.

Pero Homulko se ocultó detrás de unas cortinas. Cuando salió por el otro lado era el comandante Prungel y se deslizo por la pared hasta llegar al lado de un tripulante, quien al volverse y comprobar que se trataba de su jefe siguió mirando por encima de la butaca, buscando al enloquecido Duque.

Caronte dejó de ser Prungel en el momento que hundió los dedos en el cuello del tripulante. Quería ser él mismo por un instante. Apenas cayó el otro sin vida, lo miró y reprodujo su aspecto. De detrás del sillón salió un hombre que gritó a los demás:

—¡Lo he cazado! Está aquí.

El comandante y dos hombres surgieron despacio de sus escondites. Después de comprobar que se trataba de un compañero, se dirigieron hacia él. De pronto restallaron dos disparos y Prungel se encontró solo delante de un hombre que no conocía. Sudó copiosamente porque le apuntaba con una pistola.

—¿Quién eres?.

—La muerte —rió el desconocido.

Prungel vio delante a un cadáver reseco que apretaba el gatillo. Sintió un dolor lacerante en el brazo que sostenía la pistola. Supo que se lo había arrancado la visión dantesca. Entre una nube de agonía vio al rey Otón. Otro disparo. Ahora el brazo derecho cayó al suelo. Un nuevo destello provocado por alguien que se parecía a una mujer, una mujer que le hubiera parecido bella si él no estuviera cayendo al suelo porque le faltaba una pierna.

El último disparo lo efectuó el Mariscal Vhishian pero ya no vio nada. Estaba muerto.

CAPÍTULO X

Homulko rugía entre dientes cuando consiguió destrozar la puerta con la daga. En el pasillo, libre de la neutralización de la estancia real, aferró la pistola y caminó nervioso.

Le salió al encuentro un guardián y lo destrozó de un disparo. Rugió de satisfacción al comprobar que su arma poderosa funcionaba de nuevo. Si tuviera la suerte de encontrar a Caronte antes de salir de palacio… Se preguntó dónde podía estar.

Caronte era ambicioso, se respondió. Encontró el aviso de que cerca estaba el salón del trono. Recordó que las joyas reales se encontraban en el interior de una urna de seguridad.

Corrió todo lo rápido que pudo e irrumpió en el gran salón, enorme, mucho más que jamás lo había visto, sin nadie. El silencio fue opresivo para él.

Detrás del trono vio el cubo transparente. Dentro, las joyas brillaban cegadoras.

—Amigo Homulko.

Detrás del tesoro estaba un hombre. No lo reconoció en seguida, medio oculto por el cetro y la corona. El Duque dio la vuelta y se encontró con una persona que tenía el aspecto de Otón. La fatiga se reflejaba en el rostro del rey.

Homulko lo encañonó con su arma.

—Eres Caronte. No jugarás más conmigo.

—¡Soy Otón! No dispares contra mí.

—¿Cómo sabes que voy a dispararte? —preguntó empezando a sentirse seguro, porque sobre todo las escasas ropas que vestía aquel hombre no podían ocultar ningún arma.

—Un hombre me ha advertido que tú quieres matarme. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Vamos, Caronte, no intentes engañarme —rió Homulko—. Tu

sentido del humor es muy extraño, misterioso. Te gusta el juego, ¿eh? Te agrada sentirte superior a los demás. Tú mataste al verdadero rey, lo partiste como si fuera una res y tiraste sus restos por la cloaca.

—No sé de qué me hablas, Homulko. He despertado hace poco, me han tenido paralizado y me duele todo el cuerpo. —De pronto, el rey se detuvo, trató de enderezarse y miró aterrorizado al Duque —. Ahora recuerdo que tú me disparaste cuando te recibí.

—Caronte, eres un magnífico actor.

Apretó los dientes y también el gatillo. Sonreía satisfecho cuando el largo rayo de fuego convirtió la cabeza del rey en una tea. Luego hizo lo mismo con el resto del cuerpo, y siguió apretando el gatillo hasta que del arma no salió ningún destello de muerte.

Estaba agotado y el arma le pesó una tonelada de repente. Ya no le servía de nada y la dejó caer al suelo. Se apoyó en el trono y al echar a caminar para empezar a bajar los escalones, miró y…

Gritó como si hubiera visto un fantasma.

Sentado en el trono, con las piernas cruzadas, estaba Caronte.

—Soy mejor actor de lo que piensas, Duque de Karr —dijo éste.

Homulko, agotadas sus reservas de energía, dobló las rodillas y desde su postración miró a Caronte.

—Sí, él era el verdadero Otón. Como ves te he engañado dos veces con el mismo truco. Te conozco mejor de lo que supones. Tú pensaste que yo estaría aquí para llevarme las joyas de la corona.

Caronte soltó una carcajada.

Homulko ya no le miraba. Sus ojos estaban en blanco. Había perdido la razón. Desde el trono, Caronte le dio un puntapié en el pecho, sobre el corazón. Fue un golpe calculado. El Duque cayó de espaldas. Estaba muerto.

Caronte se incorporó y empujó el cuerpo escaleras abajo. Como un monigote, el Duque rodó hasta el pavimento de mármol y quedó allí en extraña posición.

Al dirigirse hacia el cubo del tesoro le salió la reina al paso.

—Debes estar embriagado, Caronte.

—Sí —asintió éste—, He podido percatarme de mi poder.

Ella le acarició la cara y él se dejó.

—Eres hermoso también bajo tu verdadera apariencia. Tampoco me importaría que siguieras como Otón si así te quedas a mi lado.

Caronte se alejó de Yarmina y movió la palanca que hacía desaparecer el cubo transparente. Cogió las joyas y las echó en un saco de plástico negro.

—Eso es una miseria con las riquezas que tendrías a mi lado — insistió Yarmina.

El hombre la miró.

—¿Debo entender que estás enamorada de mí?

—Sí.

—Me agrada oírlo. Tengo más de treinta años, creo que treinta y tres, y jamás escuché nada parecido.

—¿Te quedarás?. Caronte emitió una sonrisa de poder.

—Como bien dijiste antes, me he embriagado con la muerte de varios hombres. He matado a más de media docena. Sin embargo, no me encuentro a gusto en Mersal.

—Las fuerzas de la Superioridad están siendo derrotadas. Dentro de poco el pueblo nos aclamará, vitoreará a Otón y a Yermina, a nosotros. Conviértete en Otón y reina conmigo en dos mundos.

—¿Dos mundos? ¿Por qué debo conformarme con dos mundos cuando tengo, poder suficiente para adueñarme de la galaxia? Soy único, nadie puede hacer lo que yo soy capaz. —Agitó la bolsa—. Esto sólo será el principio.

—¿Prefieres ser un ladrón en vez de un rey?

—Algunos reyes terminan siendo ladrones. Yo soy ahora un ladrón, pero puedo terminar como emperador de la Galaxia.

Ella soltó una carcajada cantarina y Caronte enarcó una ceja, sorprendido.

—Tal vez no debí decirte quién soy ni lo que puedo hacer.

—Por el contrario, es lo mejor que se te pudo ocurrir. ¿Sabes que estoy pensando?

—Dímelo.

—Walun y Mersal no nos necesitan a ninguno de los dos. Ese proyecto tuyo de acabar siendo un emperador me atrae. ¿Necesitas una emperatriz?

—Tal vez no pueda cumplir con mi promesa y acabe siendo ajusticiado por ladrón.

—Antes harías que tus jueces subieran en tu lugar al cadalso.

Caronte la miró. Asintió y la cogió por la cintura. Ella ni se inmutó cuando al salir del salón del trono iba acompañada por un

hombre rudo y alto con unir forme de comandante mersaliano al servicio del Duque de Karr.

* * *

El comandante Prungel llamó a su segundo y le ordenó la partida inmediata.

El oficial miró a la mujer. Por un momento pensó que se trataba de la reina de Mersal, pero sólo la había visto una vez y en seguida se dijo que debía estar loco por imaginarse algo semejante. Seguramente sería alguna esclava que su jefe había comprado. Pero debió costarle demasiado, dinero porque era muy bella. Podía ser un regalo o tal vez la había robado.

—Señor, ¿no esperamos al Duque de Karr? —preguntó el oficial percatándose de que su jefe llevaba un saco que parecía pesar mucho.

—Nada de eso. El Duque tiene muchas cosas que hacer aquí. Además, quiero alejarme cuanto antes porque cuando se conozca la noticia de la victoria del Mersal y Walun sobre las fuerzas mercenarias de la Superioridad, la ciudad se convertirá en manicomio a causa de tanta alegría.

El oficial se retiró presuroso. Al poco, sonaron los agudos avisos y las luces se encendieron en rojo.

A solas, Yarmina preguntó a Caronte:

—¿Estás satisfecho?

La cabeza del comandante Prungel se movió en señal de asentimiento.

—Sí. He logrado mi venganza. La galaxia se reirá durante muchos años de la Superioridad. Pero todavía puedo hacerle mucho daño. Ella todavía debe pagarme por los diez años que pasé en Tingani.

—¿Tingani? —Yarmina se encogió de hombros—. Nunca oí hablar de Tingani. ¿Qué es?

—Un infierno.

—Ven. Quiero llevarte al paraíso.

Caronte se dejó conducir por Yarmina. Arrastró el saco con las joyas hasta el camarote que sabía era usado por Homulko cuando viajaba en el «Averno». Le gustó el, nombre de la nave. ¿No le dijo el Duque que Garante era el nombre del barquero que conducía a los muertos al otro lado de una laguna llamada Estigia? y Sonrió. El

sería quien conduciría a los dirigentes de la Superioridad al infierno, aunque por el momento tenía que viajar en una nave llamada «Averno».

FIN